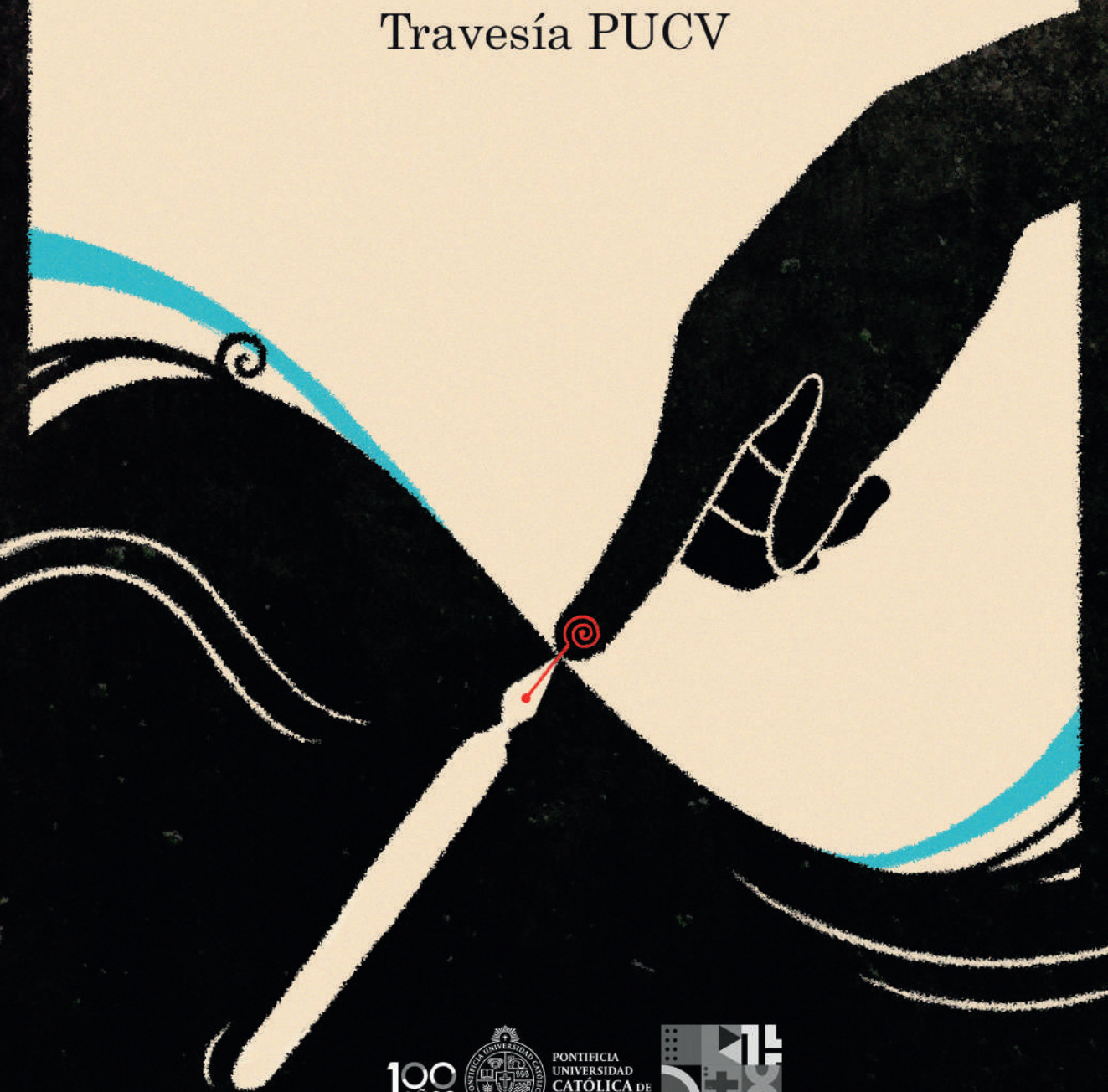


CUENTOS REUNIDOS

VI versión concurso literario
Travesía PUCV



100
AÑOS



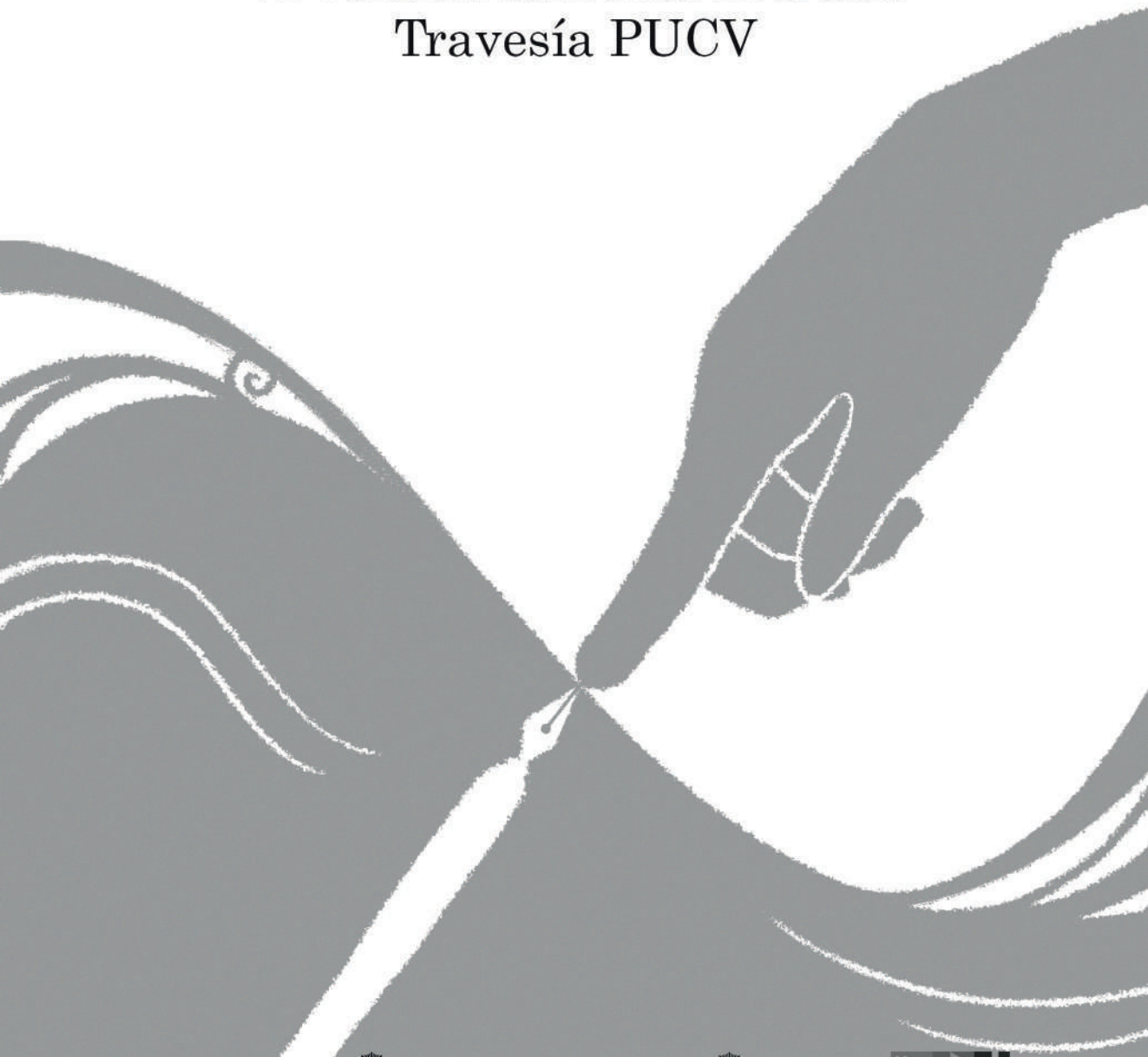
PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA DE
VALPARAÍSO

1 9 2 8 - 2 0 2 8



CUENTOS REUNIDOS

VI versión concurso literario
Travesía PUCV



50
AÑOS
1976 - 2026

INSTITUTO
DE LITERATURA
Y CIENCIAS
DEL LENGUAJE



PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA DE
VALPARAÍSO

100
AÑOS



PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA DE
VALPARAÍSO



1 9 2 8 - 2 0 2 8

CUENTOS REUNIDOS

VI VERSIÓN CONCURSO LITERARIO TRAVESÍA PUCV

Edición y diagramación: Ignacio Segura Farías

Del prólogo: Camila Barría Foncea

Diseño: Gabriel Aguilar Olavarría

Primera edición: agosto de 2026

Pontificia Universidad Católica de Valparaíso

Instituto de Literatura y Ciencias del Lenguaje

Avenida El Bosque 1290, Viña del Mar

Teléfono: +56 32 227 4633

www.ilcl.pucv.cl

Travesía VI versión

Dirección: Hugo Herrera Pardo

Subdirección: Andrea Santana Covarrubias

Comunicaciones: Valentina Olivares Licuime

Ayudante: Ignacio Segura Farías

Travesía 2026

Dirección: Catalina Forttes Zalaquett

Subdirección: Bernardita Eltit Concha

Diseño: Gabriel Aguilar Olavarría

Ayudante: Ignacio Segura Farías

“Travesía, VII versión. Talleres y concurso literario para adultos mayores de la V región” es un proyecto financiado por la Vicerrectoría de Vinculación con el Medio y el Instituto de Literatura y Ciencias del Lenguaje de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso.

Cuentos Reunidos

VI Versión Concurso Literario Travesía PUCV

Índice

A modo de prólogo	11
Nota a la edición	15
Cuentos premiados Categoría Inéditos	17
Primer lugar: Por la ventana - María Inés Sánchez	19
Segundo lugar: En la playa - Bernardita Rosas Ossa	25
Tercer lugar: El diccionario Sopena - Héctor Lorca	31
Cuentos premiados Categoría Publicados	37
Primer lugar: Carta para no irse - Renato Huerta	39
Segundo lugar: Maniobras - Mary Rogers	45
Tercer lugar: Primer round - José Delgado Ulloa	49
Cuentos Participantes	53
Categoría inéditos	55
Algo mágico - Héctor Cuitino	56
Amnesia temporal - Héctor Vásquez Morales	59
Escalera al cielo - Jaime Soto	61
Comenzar a olvidar - Anita Olguín	63
¿Claudicar? - Mauricio Velásquez Briceño	66
Déjà vu - Raquel Contreras	69
Amor y renuncia - Hedy Zamora Ibarra	71
El sofá rojo - Lucía Faz Deville	74
El tatuaje - Adriana Luz Fernández Genskowsky	76

En la calle también hay vidas - Isabel Sapiain Burgos	79
Entre mar y desierto - Viviana María Meléndez Cabrera	82
La Tía - Lautaro Ramos	85
La artesa - Aida Rios	87
La búsqueda - Humberto Arístides Morales Flores	89
La lasaña dulce con sal - Ana María Aránguiz Valdés	91
La Lloica que miraba el bosque - Laura Inzunza Vallejos	93
La última noche - Armando Sebastián Donoso González	96
Los calcetines chinos - María Latín Peña	99
Nuevo amigo - Cristóbal Figueroa	102
¿Por qué nos separaron? (El niño que quedó sin alma) - Julio	
Vicente Salinas Ávalos	105
Presencia - Raúl Hein Bozic	108
Ratatán y Ratatín - Luis Ahumada Figueroa	110
Un instante - Paulina Silva Ferrada	113
Un león, corran patitas - Sonia Mirian Reyes Sagardía	115
Valparaíso entre cenizas - Leonor Márquez Puyol	118
Zapatos por atar - Marcos Gómez	121
Categoría publicados	124
Amor en el jardín - Catalina Iracheta	125
Ballena en el cerro Esperanza - Jorge Laubrin Nilo	127
Bella y temible luna llena - Carolina Grekin	129
Bus 602 - Pablo Santiago Ortuzar Prado	132
Choro... de caleta - Elba Meneses Cortés	136

Cuatro de marzo - Isabel Ester Villalobos Cerda	139
Desaparecida - Enrique Muñoz	143
De tiuques y cernícalos - Héctor Araya Vallejos	147
El fósforo mágico - Alberto Escalona Encina	150
El comienzo - Paloma Kirchmann	153
El encuentro - Ana Luisa Valenzuela Retamal	156
El escaño de la casa de campo - Pilar Iracheta Naranjo	158
Escenas futuras - Teresa Carpintero	160
La corbata azul con rayas blancas - Carlos Narváez Moreno	163
La foto - Juan José Flores Cárcamo	166
La travesía de Rakar - Ramón Ángel Acevedo Arce (Rakar)	169
No hay edad para un viaje - Rose Marie Butto Gallardo	172
No quiero flores en mi entierro - Pedro Yajure Mejía	174
Reminiscencias - Julio Aranis Rojas	175
¿Propósito o azar? - Fernando Squella Narducci	177
Te lo cuento al oído - Oscar Lizana Farías	180
Tras la Puerta - Jorge Calderón Ramírez	183

A modo de prólogo

Camila Barría Foncea*

Quienes me conocen saben que mi pasión por aprender es grande, aprender por mí misma y con otros. Y en este marco mi paso por Travesía me permitió comprender una nueva arista de ese aprendizaje: aprender para los otros. En Travesía nos formamos como talleristas para poder entregar espacios de aprendizaje profundo para los participantes, y eso asusta, porque implica una responsabilidad y un compromiso con el aprendizaje del otro. Pero pasa que llegas a la sala, con tu planificación y actividades y un grupo de

* Texto leído en la ceremonia de premiación del concurso literario, con el que cerró la sexta versión del proyecto “Travesía” PUCV. Camila Barría Foncea es Psicóloga y estudiante de Pedagogía en Castellano y Comunicación PUCV. Ha trabajado en “Diálogos en Movimiento” del Plan Regional de Fomento a la Lectura, en los DI Iniciación “Biografías criminales de un ícono cultural: emergencia y circulación de las vidas de Erauso, la Monja Alférez, en el siglo XVII” y “Colección Barnard College de Gabriela Mistral. Anotaciones y glosas para la conformación de una poética de la lectura” a cargo de académicas del Instituto de Literatura y Ciencias del Lenguaje de la PUCV y en diversos proyectos de Vinculación con el Medio de la misma casa de estudios, siendo una de las talleristas de Travesía VI versión.

personas ávidas por aprender y por escribir, por escribirse, te miran expectantes y el miedo se pasa, y solo queda un entusiasmo tremendo por dar lo mejor de sí.

Travesía es un espacio valioso, que permite a las personas adultas mayores expresarse a través de la escritura, y los talleristas tenemos la misión de ser artesanos de contextos, es decir, propiciar instancias para que la escritura fluya. Las historias están ya en las mentes y en los corazones de quienes participan tanto de los talleres como del concurso, y estos son solo el empujoncito que hace falta para que esas historias vean la luz, para que cobren vida a través de la pluma.

Es importante reconocer, además, el valor que tiene este espacio como uno de tantos (aunque no siempre suficientes), dedicados a la visibilidad creativa de nuestros y nuestras adultos mayores. Un grupo históricamente asociado a lo privado, al padecimiento y al declive vital. Sin embargo, esta instancia nos recuerda que no es así, que los y las adultos mayores son dueños de una dignidad que es social pero también cultural y creativa, que la expresión de la imaginación no acaba, incluso a veces, apenas comienza, y propiciarla, impulsarla y, sobre todo, leerla y escucharla, es un acto de justicia y de amor.

Me gustaría aprovechar este espacio para relevar y reconocer a personas importantes de este proyecto:

- Al docente Hugo Herrera, director del proyecto Travesía.
- A Ignacio Segura, coordinador del proyecto. Por su orientación, acompañamiento y compromiso con la escritura de los adultos mayores de la región.
- A Cristóbal Gaete, por la excelente propuesta formativa en torno a la escritura creativa.

Finalmente, pero no menos importante, quisiera reconocer y felicitar a todas y todos los adultos mayores que participaron en los talleres y se atrevieron a mandar sus obras al concurso, especialmente a las fantásticas mujeres que tuve en mi grupo de estudiantes, porque a pesar de la disparidad, quienes no escribían se atrevieron a escribir y quienes ya lo hacían, aceptaron con mucho cariño y humildad recomendaciones, retroalimentaciones y conceptos para profundizar su escritura. Muchas gracias por su confianza, compromiso y motivación.

Para cerrar esta intervención solamente quisiera compartir una reflexión: la escritura no solo es un arte-

facto tecnológico humano. Es, creo yo, una magia: crea mundos nuevos y acoge a los lectores que se atreven a creer en el pacto con el escritor, pero también genera legado, se convierte en una extensión del ser, expresa emociones, purga dolores, sana el alma y el corazón. Sabemos que también, la historia de nuestra vida es cómo escogemos contarnos, es cómo escogemos escribirnos. La escritura está en todas partes, y está a la mano de cada uno de ustedes. Solo hace falta papel y lápiz. Y una oportunidad de viaje, de una travesía.

Valparaíso, 12 de diciembre de 2025.

Nota a la edición

El trabajo editorial con los cuentos aquí reunidos solo consistió en correcciones ortográficas menores. Esto con el fin de mantener la integridad y respetar la originalidad de todos los textos recepcionados.

CUENTOS PREMIADOS

Categoría inéditos



Primer lugar

Por la ventana

María Inés Sánchez. Valparaíso, 71 años

Dieciocho veces le rogó que no fuera, que se quedara, que para qué, si total los chiquillos ya se durmieron y mañana cómo sabes si pasa algo, pero, por última vez te pido, no vayas.

El Rafa era porfiado como mula. Y ella, por más que había tratado muchas veces de hacerlo entrar en razón, siempre salía perdiendo, como ahora en que, mudo, se preparó él mismo la vianda, se enfundó las botas y el gorro que le tejió cuando pololeaban, se tiró encima una manta y sin decir ni media palabra, partió cerro abajo a trancos largos.

La Cata se lo quedó viendo por el ventanuco, sorbiendo un llanto, mezcla de rabia, temor e impotencia. Sabía lo que venía: horas de martilleo en las sienes, de un gran hoyo en el estómago, de manos sudorosas, de respirar cortito, y el oído como una gran antena tratando de escuchar más allá de los muros, de la calle, de la playa, del mar bravo y ruidoso, para saber...

Saber que no naufragó, que las patrullas costeras lo vigilaron, que la pesca fue buena, que el patrón lo

premió con doble paga por la osadía de trabajar en un día así, de miedo, con una mar furiosa y vengativa que buscaba a cada vaivén tragarse al intruso que escudriñaba su vientre...

Y sentir sus pasos de regreso crujendo en la arena mojada, hundiéndose en el barro, subiendo los trescientos veinte escalones de la quebrada cerro arriba, hasta verlo entrar por la puerta ancha, silencioso como se fue, pero con un brillo particular en la mirada. Negrita ya volví, viste que no me morí, que no naufragamos, que valía la pena, mira los billetes, hoy día el puchero tendrá otro sabor, mira el vinito que traigo negrita, vamos a acostarnos que estoy calado hasta los huesos, ya pues no llorís, nunca más, te lo juro, con la mar así nunca más...

Pero él se olvidaría, se envalentonaría otra vez y sería lo mismo para la próxima tempestad, y ella se quedaría como ahora, parada frente a la ventana, con el paisaje diluyéndose, por la lluvia y por su llanto...

El tiempo no transcurrió en su cuerpo. Al día siguiente estaba inmóvil y de pie en el mismo sitio. No escuchó el llanto de los chiquillos, el ladrar de los pe-

rros, la radio del vecino, ni el pregón del motemey pelao el mey calentito. Apenas se la oía suspirar. Apenas se delineaba una oración en sus labios.

Fue al caer la tarde del día siguiente que le vinieron a avisar. Llegaron los primeros rezadores como a las nueve. Lo buscaron sólo tres días porque la tempestad de nuevo impedía continuar rastreando. Alguien encontró su gorro enredado en unos huiros...

La Cata todavía espera, frente a la ventana, escuchar el crujir de sus botas, con el tinto bajo un brazo y la mano en el bolsillo, apretando firme los billetes.

El Rafa, montado en una gaviota, la observa en silencio.

Segundo lugar

En la playa

Bernardita Rosas Ossa. Viña del Mar, 65 años

Hoy descansan en un resort donde nada sorprende y todo está pagado.

Eva, triatleta disciplinada. Pepe, quien se había aficionado a las carreras solo para seguirla.

Volvían de Nueva York, de correr la maratón soñada. Habían cumplido cada requisito: competir en tres maratones previas, inscribirse con un año de anticipación. Pero su embarazo —ese estado que ella aún intentaba asimilar— la obligó a renunciar al desafío. Para descansar, eligieron República Dominicana.

La llegada fue un golpe: niños y adultos se abalanzaron pidiendo limosna, empapándolos de necesidad y sudor ajeno. En el resort, la decepción continuó. Era idéntico al de Varadero, del año anterior.

Eva guardó un pensamiento silencioso: nunca más. Pepe, en cambio, celebró: el alcohol era ilimitado. Desde la mañana andaba tambaleante, atrapado en esa versión de sí mismo que ella conocía demasiado bien. Por su embarazo, ya no podía acompañarlo, y se sentía sola. Desconectada de él, se sentía vivir en dos

mundos distintos.

Al día siguiente, caminando por la playa, Eva vio unos veleritos de alquiler. Un impulso de libertad la atravesó. Se acercó, preguntó. El muchacho dominicano, bajo un cocotero, le informó que estaban incluidos por una hora. Ella sintió una chispa de alegría infantil: la vela había sido su pasión de niña; su tío les había regalado un barco similar, esos veranos en el lago eran de los pocos recuerdos luminosos de su niñez.

Tomó el velero con entusiasmo. Entró al mar, cuando escuchó a Pepe gritar:

—¡Espérame, Eva! ¡Vamos juntos!

Ella, conciliadora como siempre, volvió a la orilla. Solo que apenas él subió, se apoderó del timón con un empujón brusco. Eva respiró hondo, usando esa técnica que había aprendido para no estallar.

—Media hora tú, media hora yo —propuso suavemente—. Es lo justo.

Pepe asintió imperceptiblemente .

Su media hora fue un desastre: el viento lo arrastró lejos, sin control. Eva trató de orientarlo con calma, pero él se picó aún más.

Cuando su cronometro marcó los treinta minutos exactos, ella anunció:

—¡Cambio! Ahora me toca.

Pero él no se movió. Permanecía rígido, clavado en el timón.

—Eso lo inventaste tú —respondió sin mirarla—. No te voy a pasar nada.

Un frío le recorrió el cuerpo. Sintió una punzada seca en el estómago, una contracción feroz que ocultó abrazándose la guata.

—Es abuso de poder —susurró.

—Te quedas donde estás. Y te callas —dijo él, con ese tono plano y cruel que la había ido apagando durante años.

Entonces Eva lo entendió todo: ese velero, esa hora, ese metro cuadrado... nada era suyo ya. En un acto puro, se lanzó al agua. El mar tibio la recibió, abrazándola. Comenzó a nadar hacia la orilla, con cada brazada un desprendimiento. Pepe se reía detrás.

—¡Ven, súbete! ¡Igual no te paso el timón!

Pero ella ya no lo oía. El agua la soste-

nía mejor que cualquier humano, con su alma entregada a la inmensidad líquida. Por primera vez en mucho tiempo, Eva no se sintió sola. Se sintió viva.

Tercer lugar

El diccionario Sopena

Héctor Lorca. Villa Alemana, 73 años

Cuando niño era muy inquieto, pero me gustaba ir a la escuela.

Recuerdo que me sentí muy feliz en mi primer año de preparatoria cuando nos entregaron el hermoso silabario Lea. Recorrí con alegría las letras y frases de sus páginas hasta que aprendí a leer abriendo con ello la puerta a una infinidad de nuevos mundos, pero enfrentándome a la vez a una fuente inagotable de dudas que no era posible resolver sin ayuda.

Entonces sin darme cuenta me transformé en un “mocoso preguntón”.

Por el exigente y agotador trabajo de mi padre era mamá quién llevaba el peso de la casa y el cuidado de los seis hijos pequeños. A ella por su eterna paciencia le contaba de mis progresos en el vocabulario y entre cambiar pañales, preparar mamaderas, lavar ropa y cocinar se daba el tiempo para alentarme diciéndome “¡qué bien hijo, ¡qué bien!”.

Cuando estábamos en la mesa les acribillaba con preguntas sobre las cosas que iba descubriendo. Papá,

sin saber muchas respuestas, cubría su desconocimiento con un fingido enojo encontrando la complicidad de mamá quién me recordaba que por su delicado trabajo debía dejarle descansar tranquilo. Agobiado por calmar la infinita curiosidad que me obsedía papá prometió traer “algo” que contestaría todas mis dudas.

Una noche llegó ufano con una pesada y pequeña caja. Con dulce suficiencia la puso sobre la mesa y me dijo:

—¡Aquí está todo lo que quieres saber!

Quedé desconcertado pues no podía imaginar que los aviones, los barcos, las armas, el sistema solar, los automóviles y tantas otras cosas pudieran caber en ese paquete tan menudo.

Comenzó ceremoniosamente a abrirlo y como en el final de un acto de magia puso a mi frente los cuatro tomos del diccionario enciclopédico Sopena. Ante mi evidente desazón mamá se acercó y golpeándome con el codo me habló enérgica:

—¡Mira que lindos son! —poniéndolos con rudeza en mis manos. Adivinando su intención me mostré fascinado y comencé a leerlos con fruición. Mamá amorosamente tomó la mano de mi padre haciéndole

saber con un guiño que el gran esfuerzo hecho para ese chiquillo tan preguntón había sido acertado.

Desde ese día el diccionario fue mi máspreciado compañero. Cualquier vocablo desconocido que se me aparecía lo desentrañaba con sólo asomarme a sus páginas. Me sentía poderoso.

Me acompañó por siempre y especialmente cuando niño en que la pobreza se dejaba caer en casa. Acurrucados en aquellas noches frías y lluviosas de invierno, con luz de vela y brasero, entretenía a mis hermanos con lo que iba descubriendo en el Sopena: el cuerpo humano, la máquina a vapor, los animales salvajes, los submarinos, etc. ¿Cómo pudo mi sacrificado padre imaginar que colmaría mi infinito cuestionario con tan bello libro?

El añoso diccionario hoy ocupa un lugar preponderante en mi hogar y cuando me deslizo por sus amarillentas hojas vuelvo a ser aquel “mocoso preguntón” y mirando al cielo lo busco para decirle simplemente ¡gracias, papá!

CUENTOS PREMIADOS

Categoría publicados



Primer lugar

Carta para no irse

Renato Huerta. La Ligua, 63 años

El timbre del recreo suena como una lata abollada. En el pasillo del segundo piso, el profesor Herrera avanza con la carpeta apretada bajo el brazo, esquivando mochilas desfondadas y risas agudas que rebotan en los muros húmedos del Liceo Pulmahue de La Ligua. En la sala de profesores huele a café recalentado y desinfectante barato. Encima de la mesa, entre guías arrugadas y un tarro de azúcar vacío, descansa la carta de renuncia: una hoja impecable en medio del desorden habitual.

La lee por décima vez. “Por la presente, vengo a presentar mi renuncia voluntaria...”. Ni una palabra del cansancio, ni del sueldo que camina justo al borde de lo indispensable, ni de las tardes corrigiendo hasta que la vista se le llena de puntitos negros. Nada de los alumnos que se pierden entre trabajos en la feria o como temporeros de la última cosecha. Solo lenguaje administrativo. Prolija. Fría.

Dobla la hoja en tres con una paciencia casi terna. La guarda en un sobre. Escribe “Dirección” con la

letra derecha del profesor que enseña a no comerse las tildes y a poner mayúscula en el propio nombre.

Cuando abre su casillero metálico, cae una lluvia de papeles fotocopiados. Entre citaciones de apoderados y circulares ministeriales, asoma un cuadradito amarillo, pegado con cinta.

Abre la nota y reconoce la letra apretada de M. Entonces le vuelve una escena a la memoria:

—¿Cómo sigue tu mamá, M?

—Mejor, profe, pero igual tengo miedo.

“Profe:

Gracias por no tratarme como flojo cuando todos ya me habían condenado. Gracias por preguntar por mi mamá.

Yo pensaba dejar el liceo.

No lo hice por usted.

—M.”

La letra es nerviosa, apretada, escrita como a es-

condidas. Herrera la lee de un tirón. Luego vuelve, línea por línea, como si revisara una prueba que no quiere terminar. En esas pocas palabras hay una respiración tibia que se le mete entre los dedos y le afloja la carpeta. Cierra el casillero.

Camina hacia la papelería azul, junto a la ventana que da al patio. Abajo, los estudiantes corren detrás de una pelota chueca; la tierra levanta un polvo fino que se cuele por la rendija del vidrio. Levanta el sobre hasta el borde de la papelería. Basta inclinar la mano: un gesto mínimo para cerrar una vida entera. Siente en el hombro el peso de todos los lunes. En el pecho, **la** nota de M pesa distinto: lo sostiene.

En el patio alguien grita “¡Pásala, M!” y una pelota rueda hasta la sombra del edificio. Un chico la detiene con el empeine y levanta la vista. Lo reconoce cuando él levanta una mano tímida. Herrera la baja, pero el gesto se le queda adentro, latiendo.

El sobre no cae.

La nota amarilla, doblada en cuatro, queda guardada en el bolsillo interior de su chaqueta, como si la ayudara a mantenerse de pie. El sobre blanco vuelve a esconderse en la carpeta, entre guías fotocopias para la próxima unidad.

Segundo lugar

Maniobras

Mary Rogers G. Concón, 63 años

Me toma del cuello con suavidad. No dejes de mirarme, dice. No cierres los ojos. Los cierro. Va a demostrar más, va a molestar. Obedece. Me dejo caer y trato de fijar la vista en los edificios de enfrente. La ventana se convierte en una película que pasa el mismo cuadro una y otra vez, las dos torres se mueven horizontalmente y sus vidrios dejan destellos en el aire. Mírame, insiste y me quedo en sus ojos negros por un segundo hasta que todo deja de dar vueltas. ¿Mejor? Asiento. Ahora, toma mi brazo y a la cuenta de tres, te vas a enderezar. Al instante de cambiar de posición, me convierto en un gato. Mis patas delanteras se aferran a su manga de polar naranja y empiezo a caer de la camilla, lo arrastro conmigo, él se resiste. Quiero apoyar los pies, maúllo obscenidades, mis piernas buscan donde apoyarse hasta que, en un siglo, todo termina, muy lento, pero termina por fin. Lo veo sudar. La camilla no se ha movido, aclara. Es tu cerebro. Respiro y pido más aire. Inclina el ventilador en mi dirección y vuelve a preguntar cómo estoy. Muevo la cabeza, me he convertido en una sombra dibujada a contraluz. La maniobra se repite y la

sensación se debilita.

Tercer lugar

Primer round

José Delgado Ulloa. Quilpué, 76 años

Tengo un cabro que pinta pa' campeón. Tiene un gancho de izquierda capaz de botar un toro. No tiene más de quince pero ya lo he tirado a los leones y ha respondido. Lo estoy puliendo en el Gimnasio de La Plaza, entregándole todo lo que aprendí en mis diez años de profesional y en mis dos peleas por el título. Es valiente, va siempre pa'delante, por eso todavía recibe mucho. Tengo que sacarle trote y enseñarle alguna mañas como morder las orejas cuando estén cabeza a cabeza en el centro del ring bailando un bolero, pero sin llegar a lo caníbal como el negro Tyson. Los cabezazos en las cejas también son un arte, porque tenís que moverla con ritmo y levantar tu frente justo hacia el ojo del contrario. Quiero cuidarlo pal campeonato de Los Barrios, llevarlo de tapadita, por eso te cuento a ti no más, porque yo no tengo billete y puede aparecer un gil que me lo levante y pierdo todo lo que le he enseñado y lo que voy a ganar cuando sea campeón conmigo como manager. No quiero que le pase lo que al Martín, por eso, yo mismo me lo llevo a su casa después de los entrenamientos, por ahora na de pilsocas ni minas, a

lo más un par de bebidas donde el Lucho. Tampoco lo dejo fumar, aunque yo no he podido dejar el pucho. Su Mamá no quería que se metiera en esto del box, me costó convencerla, pero prometí que se lo iba a cuidar como si fuera hijo mío, que es un deporte como cualquier otro , y que si se lleva profesionalmente, se gana mucho billete y parece que esto último la convenció : “a usted lo hago responsable si le pasa algo”, me dijo. “No se preocupe señora, ya le dije que lo voy a cuidar como si fuera hijo mío”. Y ahí empezamos a darle trote a la cuerda, golpear el saco de arena , movimiento de cintura, esquivar la sombra, todo antes de las primeras fintas con otros cabros que entrenaban en el gimnasio. A la primera me di cuenta que el flaco prometía con la zurda y que podía llegar lejos. Ahora ya estoy tranquilo en la esquina de mi pupilo.

Empezó el campeonato de Los Barrios, y esta pelea ya la tenemos, una izquierda al hígado, el rival se retira y ganamos. Claro que para inscribirlo tuve que falsificarle la firma y aumentarle la edad, pero qué importa si vamos a campeonar.

Y ahora ¿qué le digo a Doña Rosa? ¿ Cómo iba a adivinar que el otro también haría trampa?, mintiendo, diciendo que era amateur el huevón, cuando todos en

el barrio sabíamos que era profesional y que no tenía veintitrés sino treinta y tres, ¿cómo chucha lo dejaron inscribirse? Seguro que aquí corrió billete. Levántate, ¡vamos despierta!, mañana ya vay a estar bien. Deja que te limpié la sangre. ¡Despierta flaco!

CUENTOS PARTICIPANTES



Categoría inéditos

Algo mágico

Héctor Cuitino. Valparaíso, 75 años

La luna estaba inquieta mientras el baile de estrellas fugaces pasaban por su lado oscuro, un hombre desde la tierra contemplaba el concierto estelar de las Leónidas viajando en busca de esperanza para la humanidad.

Estrellas en busca de esperanza, pensó el hombre y se acostó en la oscuridad de la colina, sobre una pradera oscura que favorecía la observación de un cielo claro, casi transparente.

Su mente divagaba; dónde estamos, qué somos, hasta cuándo viajamos. Las estrellas se fueron apagando, era una noche de verano oscura. El hombre se encontró caminando entre la pradera y el cielo en busca de una huella celeste para encontrar un refugio, un lugar de paz y armonía. No existían muchos lugares así en ese momento, las guerras y protestas en diferentes países hacían más bien de este mundo un lugar inquieto.

“Voy bien hacia el centro...” preguntó a la sombra que surgía desde la esquina. Esta contestó “sí, camina recto 3 cuadras, no mires hacia atrás y llegarás donde

quieres”. Todo era misterio y acertijos mientras se movía entre gente con miradas furtivas y vacías. El cielo era todo lo que tenían, eran libres en su pensamiento, desconocidos en sí mismos, caminando sin cesar de un lugar a otro. El hombre pasó al lado de cada uno, todo se tornaba confuso... quedaban dos cuadras hacia el centro, una comparsa de carnaval lo acompañó en la siguiente cuadra. Volvió a sus pensamientos recordando su niñez, sonrió, su adolescencia. De igual modo esbozó una sonrisa y volvió a su actual estado de adulto joven. Se preocupó, estaba en donde estaba por deseo propio, tratando de buscar el “algo mágico” que pudiera terminar con el azote de esta precaria humanidad.

“Llegué”, dijo al lado de la fuente que permanecía iluminada desde el interior de sus aguas. Se quería sentar, estaba algo cansado, había caminado en busca de “algo mágico”. No comprendía. Se preguntaba una y otra vez, cómo lo hago, qué hago, mi ansiedad por lograr terminar con la falta de armonía que implicaba el desequilibrio interno general de la humanidad, el nacimiento de líderes autoritarios, locos, creyéndose dueños del mundo y de las personas, juzgando cual tribunales con solo señalar culpabilidad... todo era disonante. En el “algo mágico” estaba la solución, no quedaba de otra.

Y si “algo mágico” era Dios, hacerlo venir era la tarea, era una solución “inexplicable” para la practicidad de los tiempos, irreal para algunos, utópico para otros, pero el hombre debía seguir buscando, de lo contrario.... no se auguraban buenos tiempos, más bien se aseguraban malos tiempos... sequías, hambrunas, más guerras, el retorno de la esclavitud, el servilismo, el vasallaje, el mundo hacia atrás... y había sido traído por nosotros, qué paradoja. Luchamos tanto para evolucionar involucionando... y la fe no sirvió, perdimos...

Algo de frío se sentía, los ojos del hombre se abrieron lentamente y pudo contemplar las últimas estrellas que corrían a ocultarse del amanecer. Estaba un poco duro el colchón, la pradera había hecho su trabajo... sin moverse, ya despierto, recordó... había que volver, ahora si iría en busca de “algo mágico” y real.

Amnesia temporal

Héctor Vásquez Morales. Valparaíso, 78 años

En el inmenso jardín las gotas de rocío brillaban con la naciente luminosidad solar que daba inicio a un nuevo día, fue entonces cuando sus ojos se abrieron. La fragancia vegetal llenaba el aire con dulzura casi embriagadora.

Sobresaltado se enderezó, miró a su alrededor y trató de recordar... ¿Dónde estoy? ¿Qué hago aquí? Se preguntó sin que de su cerebro brotara respuesta alguna.

Qué pasa con mi cuerpo: solo puede moverse, mirar a mi alrededor, escuchar el trinar de los pájaros, el frío en mi piel, pero no puedo recordar nada a pesar que recorro todos los laberintos de mi cabeza tratando de encontrar una respuesta, una señal o un algo que me indique quién soy, lo que hice, dónde estoy... ¡Oh, no, por más que me hundo en todas direcciones entre el sinnúmero de curvilíneos caminos de mi cerebro!

Me toco, me palpo, reconozco mi cuerpo humano... repito tontamente el nombre de cada fragmento de mi cuerpo, hasta podría nombrar y ubicar algunos

de mis órganos internos, pero más allá, mi memoria se detiene abruptamente. Mis pensamientos son sólo preguntas, mas no hay respuestas. ¿Por qué? ¡POR QUÉ!

Se golpeaba inútilmente las sienes con sus manos manchadas. Se puso de pie y su andar lo llevó hacia lo que reconoció que podía ser su hogar. Ese detalle también volvió a su mente...

Un grito desgarrador que salió de su boca y, cual violento golpe certero, se introdujo en su alma el recuerdo, mostrando sus ojos la sangre que manchaba sus manos.

¡¡¡NO, NO SÉ NADA!!!

Fue la respuesta que dio cuando la dulce voz de su madre preguntó:

—Caín ¿has visto a tu hermano?

Escalera al cielo

Jaime Soto. San Felipe, 80 años

“Lo dejo y vaya con Dios”, indicó mi compadre mirando las escaleras de ingreso al cerro. Después, algo dubitativo variando de opinión agregó: “mejor lo acompaño”. Entonces me afloró el orgullo porteño: “no compadre, no se preocupe, si soy nacido en este cerro. Tengo contados los peldaños que he caminado desde criatura hasta estas canas de hoy. La noche está tranquila y a pesar del mosto que nos permitió arreglar el mundo y nos acompañó toda la tarde, llegaré sin daños al dulce hogar”.

Manoteos, abrazos, deseos de suerte y a la cotidiana escalera. Qué voy a tener miedo, son ochenta y seis escalones recorridos una vida. Contando los peldaños de a diez subo confiado. Pasada la mitad de la ruta prefiero darle vena a mis condiciones artísticas cantando: “para subir al cielo se necesita una escalera larga y otra chiquita”. Me acuerdo que mi padre, a veces, llegaba a casa cantando esa melodía. Quizás esa cavilación me desconcentró del objetivo cuando solo quedaban ocho escalones, ya que de improviso una sombra salta desde una orilla lateral y se enreda entre mis piernas. Pensé

por un segundo que se trataba de un ratón, pero era algo más grande; un gato asustado ya huía del lugar y en su escape me desequilibraba. Busco seguridad, tropiezo, trato de acomodarme, no encuentro apoyo y ruedo escaleras abajo. Mi vida retrocede, son destellos de memoria en negativo. Peldaño sesenta, vislumbro el nacimiento de mi primer nieto y sigo mi derrumbe cerro abajo rumbo al escalón cuarenta, donde me veo entrando a la iglesia en celebración de mi matrimonio. La caída prosigue hacia el peldaño veinticinco, y en este flashback cinematográfico voy saliendo como licenciado secundario; pero la rodada sigue cuesta abajo al escalón doce, cuando correteaba elevando volantines en los confines de este cerro. Oteo el final y sé que allí encontraré el útero materno resguardo seguro pues mi viejita una vez me contó del apuro que llevaba por esta escalera camino al hospital previo al parto, cargando mi peso.

Desparramado en la tierra no me convenzo que esto me haya ocurrido a mí, surfeador de cerros porteños, y de cara al cielo concluyo que la responsable no es mi distracción: es el felino, puesto que el animal era de color atigrado. Si el escapista hubiese sido gato negro me habría reconocido como familia y jamás hubiese provocado tamaño descalabro.

Comenzar a olvidar

Anita Olgún. Villa Alemana, 69 años

Caminando lento llegó hasta el muelle mirando todo a su alrededor, pero sin procesar en su cerebro nada de lo que sus ojos veían. Necesitaba despejarse, respirar otro aire y olvidarse de todo. Se acercó a la orilla y sus brazos se acodaron en las redes protectoras dispuestas para los visitantes con fin de no caer al mar. Respiró hondo y recorrió con la vista hasta donde podía ver. Se sentía como suspendida, que estaba en otra dimensión. Le dolía el alma.

La silenciosa orden que recibió su cerebro hizo que su mirada se detuviera en La Panchita, que se mecía suavemente atracada en el malecón. Un clic en su interior la llevó a bajar las escalas del muelle hasta donde se encontraba la lancha. Sin pensarlo, pagó el importe y la abordó junto con otros pasajeros y turistas. Esperó pacientemente que la nave partiera y los llevara mar adentro en su paseo por la bahía del puerto de Valparaíso.

¡Lo nuestro no da para más, ya no te amo!— le dijo él con rabia y salió para siempre del nido que com-

partían. Aquellas palabras sonaban una y otra vez dentro de su cabeza y se estaban apoderando de todo su ser. Un par de lágrimas estuvieron a punto de rodar por sus mejillas, pero los clics de las cámaras fotográficas de los pasajeros de La Panchita y los gritos felices de los niños al ver lobos marinos le hicieron volver a la realidad. No se había percatado que la lancha había iniciado su viaje y llevaba un buen trecho del recorrido. Su espíritu la animó a disfrutar y a contemplar el bello paisaje del litoral porteño.

Con su otro yo conectado al lugar donde se encontraba en esos momentos, sintió cómo la brisa marina jugaba con sus largos cabellos negros y acariciaba su rostro moreno. Se concentró en los ruidos que captaban sus oídos. ¡Tu vida sigue y mañana será otro día!, le silbó el viento. Sus pulmones agradecieron la profunda inspiración de aire que entró por su bien perfilada nariz. ¡Sí, mañana será otro día!, se dijo a sí misma. Como cual computador que borra archivos de su memoria Ram, limpiará su mente de malos recuerdos y comenzará a olvidar, en especial los negros pensamientos de alejarse de este mundo.

¡Adiós tristeza!, le dijo a su corazón. Sus ojos brillaron al contemplar las rizadas olas que acogían a la

lancha. Sus labios se extendieron en una sonrisa. Todo su ser se abocó a disfrutar del paseo en La Panchita.

¿Claudicar?

Mauricio Velásquez Briceño. Quilpué, 66 años

Era temprano en la mañana, faltaban un par de minutos para que fueran las 8 cuando Benjí y Ginsen, dos jóvenes universitarios, conversaban sobre la realidad de su país. El tema era “el jamás claudicar”. Ambos estaban comprometidos con su sociedad, con sus causas, y aún más con lo que su país vivía en ese momento. Era su último año en la universidad, y la sociedad los esperaba. Deseaban ser parte de un cambio hacia algo mejor para ellos, para sus familias y para todos. Eran sus sueños, y no dejaban ir sus grandes y profundas motivaciones.

El idealismo de Benjí era convincente, y Ginsen escuchaba atentamente. Apenas comenzaban la semana, era lunes, y el café ya estaba sobre la mesa en su sala de reuniones. Eran las 8 de la mañana, o quizás un par de minutos más.

Ginsen aclaraba: “Benjí, creo en lo que me dices. Claudicar a nuestros principios, a nuestros ideales, a lo que deseamos, es una gran traición hacia nosotros mismos”.

Benjí respondía con firmeza: “Tanto hemos sufrido, tanto hemos pasado, tanto dolor, tantas penas, que claudicar es abandonar la memoria de aquellos que nos dejaron. No podemos

abandonar nuestros sueños, no podemos olvidarnos de lo que hemos aprendido, reflexionado y deseado”.

Ambos se miraban y sentían que, cueste lo que cueste, debían mantenerse firmes, sostenidos por su ideología. “Claudicar jamás”, repetían, como si no tuviera sentido alguno.

Eran las 8 de la mañana con 15 minutos del lunes 6 de agosto de 1945, cuando Benjí y Ginsen, sentados en su sala, vieron cómo la ventana de la habitación se iluminaba enceguedoramente. Hubo un silencio gigantesco; de seguro, el miedo se apoderó de esos dos jóvenes estudiantes. Luego de ese silencio, vino la destrucción total, paranoica, la desolación completa. Era el infierno mismo.

Benjí y Ginsen estaban conversando en su sala de la Facultad de Letras y Ciencias de la

Universidad de Hiroshima, cuando la primera bomba atómica fue lanzada por los Estados Unidos. Benjí, Ginsen y otros 130.000 murieron esa semana en Japón.

Tal vez, por unos segundos antes de partir, Benj  y Ginsen pensaron que claudicar podía ser injusto, pero era tremendamente necesario. Ellos partieron junto con otros japoneses esa mañana de comienzo de semana. Sin duda, el horror de la guerra y los discursos dogmáticos no podrán compensar el dolor y el horror de esa mañana en Hiroshima.  Claudicar? No siempre, pero nunca, jams .

Déjà Vu

Raquel Contreras. Valparaíso, 75 años

Pedrito se duerme en clases, sueña algo que le enseñó su profesor. Hace millones de años un asteroide cayó en Yucatán y extinguió a unos reptiles gigantes que aterrorizaban a unas sabandijas que se llamaban mamíferos, que se adueñaron de la tierra según los registros fósiles. Imagina a unos seres bípedos cuyo esqueleto estaba por dentro y eran blandos por fuera, paseaban a sus mascotas, conducían automóviles y viajaban a la luna. Pero en lugar de estar unidos peleaban entre ellos amenazándose con destruirse con bombas atómicas en nombre de absurdas ideologías y agendas egoístas. Los imagina esclavizando a seres inferiores pero sensibles como ellos. Los imagina esclavizándose entre ellos mismos, exaltando sus diferencias en lugar de lo que tenían en común. Los imagina compitiendo por quién tenía el rascacielos más alto o su sexo más grande. Los imagina alimentando al gato, leyendo el periódico en la mañana antes de ir al trabajo.

Entonces sintió que una patita velluda le tocaba el ala despertándolo. Miró por la ventana, vio una señora cucaracha paseando al perro por la vereda. Sus compa-

ñeros de clase, también cucarachas, la miraban asombrados moviendo las antenitas nerviosamente, mientras la patita del profesor le indicaba la pizarra donde lo esperaba resolver un problema del teorema de cucarachagora.

Amor y renuncia (El paso acompasado de Colega)

Hedy Zamora Ibarra. San Felipe, 81 años

Es una historia hermosamente triste; un relato de amor, lealtad y el respeto supremo por aquellos a quienes amamos.

Todo comenzó en una luminosa mañana de primavera. Desde el interior de la casa, escuché el sonido inconfundible de la puerta de calle y los pasos característicos y firmes de Kayo. Pero esta vez, sus pasos no venían solos; los seguía un repiqueteo suave, rítmico y acompasado de cuatro patitas sobre el suelo. Pude escuchar esa conversación silenciosa entre hombre y animal, donde el perro, suele contestar con la mirada, en este caso: “¿A dónde vamos? ¿Dónde estoy?”.

No me extrañó. Kayo tiene un don; ha sido refugio para muchos infinitos amigos rescatados —grandes, pequeños, hermosos y otros no tanto— que han encontrado hogar en su mundo. Esa mañana, al salir de su casa vio a un inmenso perro en la carretera, a punto de ser atropellado. Sin pensarlo dos veces, supo que si no lo subía a su auto, al volver solo encontraría su cuerpo ya sin vida. Y así, el perro lo acompañó el resto

del día, en diversos trámites de serias oficinas comportándose como un caballero, agradecido con la gratitud transparente de quién no conoce de valores materiales, pero feliz de estar a salvo.

La verdad se reveló al día siguiente, gracias a la tecnología de un chip. El perro tenía nombre: se llamaba **Colega**. Tenía dos años y su hogar estaba increíblemente lejos, en una zona rural cerca de Colina, a más de 80 kilómetros de dónde mi hijo lo encontró.

Era imposible que Colega hubiera cruzado el túnel de Chacabuco y caminado solo hasta San José de Piguchén, más allá de San Felipe. El misterio de su viaje solo tenía una explicación triste: la mala voluntad de desconocidos que se lo llevaron lejos, hasta que logró escapar.

Luego de contactarlos, la familia de Colega viajó esa misma tarde a buscarlo. La casa se llenó de una atmósfera agridulce. La tristeza de Kayo era evidente; se había encariñado con ese “Colega” noble y educado. Sin embargo, en ese dolor quedó al descubierto la verdadera nobleza de mi hijo: su corrección y su amor genuino por los perros. Porque amar de verdad no es poseer, significa no transar ni claudicar nunca en hacer lo correcto, buscando siempre lo mejor para ellos, aun-

que a uno se le rompa un poquito el corazón al verlos partir.

El sofá rojo

Lucía Faz Deville. Quilpué, 62 años

Llegó el día de la partida. Una decisión y mucha incertidumbre.

Una última mirada al sofá rojo donde solías devorar un buen libro, mientras bebías una taza de café en las tardes estivales. Una lágrima corre por tu rostro mientras abrazas a tus vecinos que, por más de cuatro décadas, te han acompañado “en las buenas y en las malas”.

—¡Regresaré pronto, ya verán! En lo que canta el gallo de nuevo estaremos juntos y nos tomamos unas “frías”.

—¡No llores que se te corre el “rimmel”!

Risas y llanto.

Luego las calles oscuras, silenciosas, tristes, de una ciudad que ya no reconoces. Carteles lumínicos con atardeceres en playas de ensueño, que te hablan de un país que no logras ubicar en el mapa. Voces por megafonía anunciando un destino.

Nubes, oscuridad, luz.

Llegas a Santiago de Chile. Te esperan personas que amas. Lloran, ríen, te abrazan, dan gracias a Dios. Hoy comienza “tu futuro”, junto a tu familia, en un país de oportunidades. Autopistas, calles limpias, iluminadas, que huelen a flores y a lluvia. Monumentos y plazas que revelan un pasado glorioso. Rascacielos, como jamás viste, contando una modernidad que se impone. Luces, brillo, esplendor. Gente que ríe y trabaja, mientras otros lloran o destruyen. Te van contando que “de todo hay en la viña del Señor”.

Cuando ya despiertas al siguiente día en una cama que no es tuya, comienzas a vivir esta realidad, que no estaba ni en tus más alocados planes. Pero te llenas de fuerza y optimismo con el primer café, que no es fuerte y dulce como el que siempre has bebido, pero te alegra el paladar y te sacude del letargo mañanero. Y compartes ideas, planes, sueños. Y hablas de futuro, aunque ya has pasado los 60.

Sigues añorando el calor sofocante de tu isla, que alguna vez fue bella y feliz, mientras te ves leyendo versos de José Martí, tumbada en tu sofá rojo.

El tatuaje

Adriana Luz Fernández Genskowsky. Viña del Mar,
70 años

Cuando cumplió los quince años decidió solicitar a su padre autorización para realizarse un tatuaje. Desde los diez que acumulaba en su mente y en un cuaderno de croquis innumerables figuras que, entre otras cosas, detallaban el diseño y el lugar del cuerpo en que lo quería.

Había desechado por completo la espalda. Quería disfrutar viendo cómo la tinta se iba gradualmente introduciendo en su piel a través de la aguja y las manos hábiles del tatuador, para luego mirarlo diariamente, y regocijarse en ello. Luego de pensarlo por última vez, tomó la decisión de recibir el sueño acariciado en su antebrazo derecho.

Había elegido un estilo bastante rococó, sin siquiera saber o conocer de qué se trataba. Esperó tranquilamente en la sala la llegada de su padre. El adusto caballero, habitualmente de mal talante, no tenía sino sonrisas cada vez que flanqueaba la puerta de su casa. Parecía entonces que olvidaba todas las comuni-

caciones, fusiones, uniones, agrupaciones, reuniones y otro tanto que le había tocado vivir durante el día, solo al ver a su hijo esperándolo.

El abrazo compartido fue más largo que lo habitual. Quizás motivado por el hecho de que él necesitaba preparar el terreno para lo que vendría.

No hubo preámbulos. Fue directamente al tema, como le había enseñado su padre que era mejor abordar las cosas importantes.

A medida que iba exponiendo su solicitud, aduciendo todos los argumentos que había madurado secretamente durante cinco años, fue encontrándose con la cara de su padre, que como muralla de hielo escuchaba, y quien finalmente no cedió un ápice en su rotunda negativa.

Se separaron, cada uno a sus habitaciones, sin siquiera acordar la hora de cenar, como era habitual. Decidió entonces que dejaría pasar un tiempo antes de insistir...

Al llegar a su habitación, el padre se sacó la chaqueta, luego la alba camisa, y recordó la misma conversación, en la misma casa, en la misma sala, durante cinco años seguidos.

Miró entonces su antebrazo derecho, y sonrió ante un diseño bastante rococó que jamás había mostrado a nadie.

En la calle también hay vidas

Isabel Sapiain Burgos. Valparaíso, 72 años

Ahora el perro estaba debajo de esa ventana siniestra. Dormía tranquilo a pesar de todo. Su aspecto no era de un perro callejero, además, no se veía flaco. Permanecía en la vereda, esperando el regreso de su ama hace meses.

Las ventanas siempre me han atraído. Ir caminando, mirar hacia adentro desde el anonimato y descubrir espacios solitarios, me hace imaginar a sus moradores o ver una familia tomando once cabizbajos. O mirar a través de ellas hacia afuera y descubrir el cielo diferente todos los días. ¿Cómo será mirar por la ventana de una cárcel o de un barco sin rumbo?

La ventana siniestra estaba en una fachada cubierta de lata semi pintada. Al otro lado, una puerta de entrada a esta casa. La débil luz del día se negaba a desaparecer y las luces urbanas hacían su aparición para alumbrar una escena nocturna, donde los personajes sigilosamente empezaban a actuar. En ese momento, el perro se levantaba, caminaba lentamente hacia la esquina y se alejaba media cuadra del ventanuco negro

donde ya estaba prendido el televisor. Este espacio sin vidrio comenzaba a tener un gran protagonismo. Tenía de cortina un trapo deshilachado de un anaranjado sucio y desteñido que se movía con el viento. Había fierros puestos irregularmente para impedir la entrada de alguien. Entonces aparecían en la calle personas caminando. Algunos, aleteando con sus brazos, introducían la mano en esa oscuridad con confianza y se devolvían con un pequeño paquete.

A pocos metros de esa casa, en la esquina veo una mujer trans con el perro de la ventana que se acurruca a su lado. A veces ella lo toma en brazos para ambos abrigarse, cuando el frío nocturno duele. Tiene en su mejilla una cicatriz que no disimula. Sus movimientos son elegantes, se maquilla levemente. Su pelo negro ligeramente ondulado le llega hasta los hombros.

Es el mediodía del sábado, hace calor. Al salir la veo pasar a mi lado descalza. Evito mirarla, me intimida. Es bastante alta, corpulenta, camina con la misma distinción junto a su fiel acompañante.

Siempre está en esa esquina, ese espacio le pertenece, es el escenario donde se da un monólogo silencioso, eterno; donde la precariedad y la violencia a nadie importa. A veces, hay algún diálogo para fijar la tarifa,

cuando algún vehículo se detiene y ella sube con su perro, con su fineza acostumbrada.

Estoy en mi casa en la hora en que se mata el vacío, mirando el televisor. Los comerciales cercenan mi mente. Recorro los whatsapp, uno de ellos dice:

—Vecinos los carabineros están en la casa donde venden drogas.

—¿Qué pasaría?

Dejo el celular prendido sobre la mesa, voy hacia la ventana y miro la calle, está desierta. La baliza policial no deja de sonar, como muchas otras veces.

Entre mar y desierto

Viviana María Meléndez Cabrera. Quilpué, 67 años

Fue en Antofagasta, entre mar y desierto, donde se encendió la primera chispa de su vida. Allí vivió una infancia luminosa hasta que, a los nueve años, la muerte de su padre rasgó la quietud del hogar, dejando un eco de ausencia.

Quedó al cuidado de su madre, pero el destino fue implacable: su luz se apagó dos años después. El niño que había crecido entre libros y destellos de joyas debió enfrentar demasiado pronto la soledad, como quien aprende a caminar en la oscuridad.

Durante un tiempo vagó entre las casas de distintos tíos, llevando una tristeza silenciosa. Cada techo nuevo exigía un aprendizaje distinto: otras rutinas, otras voces, otras formas de nombrar el afecto y de sentirse acogido.

A los doce años, su camino lo llevó a Viña del Mar, al hogar de los tíos maternos: ella, maestra de vocación; él, oficial de la Armada, cuyo rigor marcaba el pulso de la casa. Allí nada le faltó en lo material: vivía rodeado de libros y orden. Pero el cariño no siempre

llegaba hasta él; gran parte de la ternura iba al hijo del matrimonio, mientras él observaba en silencio, anhelando un gesto que lo hiciera sentir parte de esa familia.

Aunque le correspondía una herencia suficiente para continuar estudios similares a los que había iniciado en el Seminario San Luis de Antofagasta, aquel dinero se desvaneció pronto y debió incorporarse a la educación pública, sumando un quiebre. Las pérdidas habían dejado huellas, pero también la certeza de que debía seguir avanzando.

A los dieciocho años, buscando un respiro, dejó la casa de sus tíos y viajó a Santiago. Una tía lo acogió un tiempo, pero sin apoyo terminó entre jóvenes que bebían, fumaban y vagaban sin horizonte. Allí descubrió un mundo áspero, hecho de noches largas y amistades fugaces que lo marcaron sin caer al abismo.

Hasta que un día, su tío, oficial de la Armada, lo encontró y le tendió una mano firme, ofreciéndole un proyecto de vida. Para ingresar a la marina mercante debía estudiar y prepararse. Él aceptó. Con disciplina completó su formación y emprendió su primer viaje como oficial. A su regreso quiso cerrar una herida: volvió a Santiago para buscar a quienes habían compartido con él la calle. Les dedicó un día completo, invi-

tándolos a comer, a brindar y a disfrutar de lo poco o mucho que podía ofrecerles, con gratitud. Al caer la tarde, se despidió de ellos agradecido por haberlo acogido en momentos de absoluta vulnerabilidad. Con ese gesto, cerró una etapa oscura y abrió, con paso firme, la puerta a una nueva vida.

Años más tarde, mientras asistía a clases de inglés en el Chileno Norteamericano de Valparaíso, conoció a una joven que apenas podía costear el mismo curso: mi madre. Fue amor a primera vista. Se casaron seis meses después y caminaron juntos toda la vida, con un cariño profundo que iluminó cada día.

La Tía

Lautaro Ramos. Quilpué, 75 años

Entonces se le enredó la vida. Un tejido muchas veces de agrestes hechos se desencadenó.

La niña creció en el jardín del hogar, ella siguió vestida de tía. Se refugió en ese sentir tan humano, tan vigoroso que recompuso su relación con la vida y se vistió completamente de tía.

La niña dejó de ser niña y se ocupó de esos espejos tan inmensos que deja la lluvia en las pozas de aguas.

Se levantó antes que la tía y se fue lejos con el ventorral que pasaba invitándola cada noche.

La antigua niña dejó de ser niña , dejó a su tía y se desvaneció en el rumor de la ciudad.

La vida se le hizo un breve suspiro y, acongojada en sus últimos días, recordó a su tía que la vestía cuando niña.

Y la tía, titulada de tía por la eternidad, vino presurosa a arrullarle en su agonía.

Ahora, sentada en la cama de la niña, suspira. Se hace tarde en la noche y debe volver a su lecho, en el cementerio del Belloto.

Tranquila, se desliza muy suavemente entre el rumor nocturno de ranas y abejorros.

Es hora de volver.

A esperar que llegue su niña por la eternidad.

La artesa

Aida Rios. Quintero, 80 años

Cuántas madres vivieron lavando ropa ajena, con tanto sacrificio para alimentar a sus hijos y sacar adelante a su familia. Las madres eran esclavas del lavado y planchado casi todos los días del año.

En mis tiempos de niñez no valoraba la importancia que tenía una artesa en casa.

Cuando mi madre enviudó, fue ella la que tomó las riendas de nuestro hogar y comenzó a lavar ropa ajena hasta el día que falleció; mientras planchaba, tenía 54 años y era madre de 12 hijos.

El patio donde vivíamos era muy grande, la artesana, estaba frente a la entrada, con su espalda curvada lavando. Recibía a quienes llegaban, siempre sonriendo.

Tras ella, estaban los cordeles, en los cuales colgaba la ropa a secar. Pero en uno de esos días que la visité la noté muy triste, con los ojos llenos de lágrimas. Le pregunté el porqué de su pena, tenía dos cordeles llenos de ropa y se le cortaron, perdiendo parte de su trabajo. Comprendí su pena ¡mamita! Yo te voy a enjuagar la

ropa que se te ensució.

Y así, en poco tiempo lo logramos. Lo mejor de todo, el abrazo y el beso que me dio con tanto cariño después que colgamos los dos cordeles, que aún recuerdo.

Hoy a mis 81 años, quisiera rendir un homenaje a todas esas madres luchadoras que vivieron alrededor de una artesa.

Cuando mi madre falleció a los 54 años, fui a casa. Al llegar, en la entrada estaba la “**artesa**” cubierta de flores, de múltiples colores. Al entrar al velatorio, me emocioné. El ataúd donde estaba el cuerpo de mi madre descansando para siempre estaba cubierto de flores y coronas, igual que la artesa de la entrada.

La búsqueda

Humberto Arístides Morales Flores. Quilpué, 77 años

Eran las cuatro de la mañana cuando desperté sobresaltado y sudando por un sueño horrible: no se lo doy a nadie. Abismos, zarzas por doquier, ríos de lodo que arrastraban todo a su paso. Tuve que mirar varias veces hacia todos lados para convencerme de que no era real.

Me incorporé con muchas dudas, sentía un peso enorme en mi cuerpo, quizás la tensión del sueño me tenía así. Recorrí la sala en busca de algo que ni yo sabía qué era. Me levanté y empecé las rutinas de todos los días. Horarios, compromisos por doquier, avenidas llenas de autos que arrastraban todo a su paso. Un ajetreo cotidiano en una vida sin sentido.

Por la tarde, caí exhausto en el sofá. El sueño aún me rondaba y me tenía intranquilo. ¿Qué me querrá decir?, ¿qué significarán esos símbolos? Mi cuerpo tiritaba de arriba a abajo, sin motivo aparente, pero yo sí sabía que algo pasaba. Pero preferí pensar, tratando de calmarme: “ya, basta, mañana será otro día”.

Pasó el tiempo, pero cada vez me sentía más intrigado. Hasta que un día me citaron a la reunión de apo-

derados de mi hijo Eduardo. Colapsé. No tenía tiempo para cumplir con todos los compromisos que había adquirido. No podía simplemente dividirme y estar en dos lugares a la vez. Era cuestión de prioridades, pero también de responsabilidad.

Entonces, empecé a mirar hacia atrás y vi que en realidad estaba haciendo demasiadas cosas: reuniones del grupo scouts, comité paritario, club social, junta de vecinos, el trabajo, la responsabilidad de estar siempre en todos lados, además de aquellas esporádicas del quehacer de la vida adulta o la salud. Me quedé pensando largo rato en eso, cuando una chispa cual farol iluminó mi mente atribulada. Entonces, la solución, mi búsqueda había terminado. Me dije a mí mismo: “ordéne-se pues hombre, usted no me vive más así”.

Yo me pasaba el tiempo metido en muchas cosas y me asustaba el estrés de cometer errores, dejar de cumplir las diferentes responsabilidades que asumía y me enredaba en un torbellino que ya no me dejaba respirar. Pero, en realidad, no tenía tiempo, pues ya no dedicaba momentos para las partidas de ajedrez con mi nieto o simplemente para encontrarme conmigo mismo, conocerme o ser quien yo soy. Y eso sí es algo que no se lo doy a nadie.

La lasaña dulce con sal

Ana María Aránguiz Valdés. Valparaíso, 70 años

Una señora estaba almorzando en un restaurante de barrio, en el cerro donde ella vive y donde va a menudo cuando no quiere cocinar; el menú de ese día era lasaña y ensaladas.

Estaba disfrutando el rico plato y le llamó la atención la música que sonaba, era una selección de tangos, que entre bocado y bocado la transportó a su niñez. Primero se acordó de su papá, quien junto a su mamá lo bailaban muy bien; a ella su papá la subía a sus pies y bailaban, a la vez que le dedicaba la canción “Princesita”.

Luego se transportó a los domingos en casa de sus abuelos. El “Yayo” hacía aseo profundo en su pieza, mientras la abuela se iba a la cocina; sacaba todo al pasillo, abría las ventanas, ventilaba la ropa de cama y, cuando era la época, entraba un aroma fresias. Lo acompañaba la radio “Portales”, con un programa de tangos que conducía la Sra. Alodia Corral, una locutora que estuvo hasta el fin de sus días en ese programa. Él los cantaba todos mientras pasaba la virutilla y ence-

raba. Cuando la abuela se asomaba para supervisar, la tomaba y la hacía bailar con él, solo que a ella le daba vergüenza. Él era muy cariñoso y a ella le costaba demostrar el cariño, no tan sólo con el Yayo, sino con todos. Le dedicaba “El día que me quieras”, “Caminito”, “Mocosita”.

En fin, ese día las lasañas sabían a sal por el brote de una lágrima y dulce por el recuerdo.

La Lloica que miraba el bosque

Laura Inzunza Vallejos. Valparaíso, 80 años

Fue creada con madera nativa por manos artesanas. Durante años permaneció instalada en el muro interior aledaño a la puerta de ingreso a mi casa. Allí, posada en el gancho de un trozo de tronco de raulí, daba la bienvenida a todos.

Siempre sentí que a ella le gustaba más recibir elogios por su belleza que agradecimientos por la bienvenida. El año 2022 me mudé a un departamento en Curauma y mi nieto sugirió que la cambiara de ubicación. Recuerdo que me dijo: “abuela ella vivió muchos años en el interior de tu casa, creo que ahora merece vivir en la terraza y contemplar el hermoso bosque que tiene al frente”. Le encontré razón.

Desde su nueva ubicación, posada en el mismo gancho, ella ha mirado con entusiasmo el verde paisaje, y con curiosidad, el ir y venir de personas y vehículos en el condominio. Nuestro contacto directo aumentó. He debido a menudo quitarle el polvo con que la cubre el viento, secarla cuando la lluvia la moja y pintar con más frecuencia el rojo bermellón de su pecho. Siento

que me lo agradece. Le gusta lucir bien, es pretenciosa.

Su presencia en la terraza no ha pasado desapercibida. He visto en reiteradas ocasiones cómo diucas, zorzales y tordos, la contemplan fascinados. Algunos más osados, se posan en la baranda y le cantan con entusiasmo todo su repertorio. Ella los escucha en silencio y con aparente indiferencia, pero la ligera luminosidad que emana su cuerpo me hace creer que se siente profundamente halagada.

Ayer una lloica macho voló graciosamente cerquita de ella. Luego, posado en la baranda infló su pecho rojo carmesí, levantó la cabeza, cerró sus ojos y le cantó inspirado una melodiosa serenata. Cuando se fue, me acerqué a ella, la vi luminosa y creí escucharla suspirar.

Esta mañana al despedirme, acaricié su cabeza y le dije “¡Que hermosa luces hoy! Si vuelve tu lloica macho dale mis saludos”. Como me pareció oírla suspirar nuevamente, en tono de broma dije “¡Loca! ¿No te estarás enamorando?”, y desde la puerta antes de salir le grité “¡Chao! Nos vemos a la tarde”.

Empezaba a oscurecer cuando regresé. Después de liberarme de la cartera fui a saludarla. Adosado al

muro, solo estaba el trozo de raulí.

La última noche

Armando Sebastián Donoso González. Olmué, 84
años

Andrés cruzó el umbral de los ochenta años. Se encuentra solo en su rincón, su mujer descansa. El silencio de la noche le trae tristes reminiscencias. Desearía guardar memoria solo de momentos felices, recluir sus derrotas y vergüenzas en un oscuro cuarto. Le preocupan los reproches que le asesta su conciencia.

El fulgor de un nuevo día interrumpe su sueño. La radiante luz solar le entrega a la vegetación nativa, una esplendorosa tonalidad verde. Las aves silvestres celebran la florida naturaleza con sus gorjeos. ¿Dónde está el tío Agustín?, preguntan los chingolos. Vienen del cerro que da nombre al Parque Nacional La Campana.

Andrés escucha desde la avenida Granizo, el disonante sonido del cacharro de su hija Lula. Llevará a sus padres de paseo a Limache, bella ciudad de la región de Valparaíso. Su avenida principal se encuentra cubierta por un arco de añosos “plátanos orientales”. Le atraviesa una plaza extraordinaria por su tamaño y disposi-

ción. Es centro de tertulias para ancianos olvidados. Da refugio también, a románticos amores colegiales.

El estacional viento fresco les obliga a regresar a su casa en Olmué. Descansan sentados en la terraza de su patio. Disfrutan la serena paz de un pueblo surgido en las serranías de la frondosa Cordillera de la Costa. Una paz celestial servida por la apacible población de su villa.

Después de “levantar la mesa”, su vieja y las niñas se retiran, Andrés queda solo. Sobre la mesita se han posado dos tórtolas chilenas de plumaje ceniciento. Picotean algunas migas de pan que quedaron sobre el mantel. Andrés las observa sin alterarlas, parecen hambrientas. Terminado el festín, alzan las cabezas y le miran.

—¿Satisfechas? —pregunta el viejo.

Ambas vuelan a un enorme gomero de hojas verde rutilante. Sobre el patio algunos chingolos, (conocidos como chincoles) remueven el terreno con sus picos buscando semillas. Son aves solitarias, bajan a recoger alimento para sus crías. Una de ellas se aproxima a la terraza y mira a Andrés.

—¡Llegas tarde amiga mía!, pero regresa mañana

temprano, tendré para ti algunas migajas.

El ave parece asentir complacida y emprende el vuelo. Andrés experimenta un sentimiento de amistad, una relación afectiva que le acerca más a esa ave, solitaria como él.

Empieza a anochecer, el crepúsculo oscurece el paisaje. Es la hora de las aves rapaces nocturnas. El silencio es interrumpido por un sonido chirriante, una lechuza ululó desde un árbol.

En la cultura mapuche se les denomina “nucu/nuku” lo que significa pájaro de mal agüero. Las lechuzas suelen anunciar la muerte. Andrés no había pensado en ello. Este ritual despierta su temor a la muerte. ¿Qué es el alma dormida?

Es corta la vida para compartir con los seres queridos. Andrés recuerda a sus padres. Su madre, en noches de invierno, leyéndole cuentos a la luz de una vela. Vencido, meditando como su desperdiciada vida se apaga, vacío de energías, sus ojos se cierran.

Los calcetines chinos

María Latín Peña. Quilpué, 78 años

Nunca imaginé el profundo valor de aquellos calcetines chinos que guardé por tanto tiempo. Faltaban pocos días para Navidad cuando me invadió el síndrome de la limpieza profunda en casa. La música fuerte me llenaba de entusiasmo.

El rin del celular sacudió el aire: era mi hermana Juanita llamando desde Pichilemu. Su voz sonaba aguda y desconocida. De pronto, todo se volvió opaco en la casa y hasta el mismo sol de diciembre se fue apagando.

—Mira hermana o vienes ahora o no vas a ver viva a mamá.

—¿Qué pasó, hermana? ¿Qué tiene?

—Ya te lo dije: o vienes o no vienes.

Nadie me podía aclarar lo que pasaba. Yo en Viña del Mar y mi mamita tan lejos, allá en Pichilemu. Solo deseaba tener alas pero lo único que podía hacer era clavar mis ojos en la bolsa de cera roja reventada en el suelo.

El viaje fue interminable y caótico. Eran las dos de la tarde cuando llegué al Hospital. Mis dos hermanas menores demacradas y aterradas con la enfermedad de mamá. Faltaba que llegara Patricio, su regalón, pero él inubicable y mamita que lo llamaba a cada instante.

Los días caían lentos como la cera de las velas de la Ermita donde salíamos a llorar y rezar. Se acercaba noche buena y mi mamá se quejaba por el frío que le generaba atroces calambres. Le saqué los calcetines blancos para masajearle los pies y aún así no lograba calmar su dolor.

Así llegó el 24 de diciembre. A lo lejos los villancicos y la alegría de los niños. Nosotros en el hospital hechos un mar de lágrimas y mi mamita agonizando.

El médico no acertaba con el tratamiento y cuando ni la morfina hacía efecto, tomó la determinación de enviarla al hospital de San Fernando. Solo Patricio pudo acompañarla en la ambulancia. Eran las once de la noche. Aún recuerdo la mirada de mi mamita Adriana, su última mirada de dolor y desorientación. Se cerró la puerta de la ambulancia y se nos cayó la noche encima.

Al día siguiente, antes de las siete de la mañana,

íbamos camino a San Fernando, esperanzadas. Pero a las siete y media, nuevamente, el celular de Juanita. Su grito nos traspasó el alma.

Mamita falleció ese día y ninguno de nosotros estuvo con ella. Volví a casa trayendo entre mis manos los calcetines blancos de mi mamá que guardé cuando la vestimos por última vez. Algo de la esencia viva de mi madre siguió aromando mis pulmones a través de esos insignificantes calcetines que un día compramos en una llamativa tienda china.

Nuevo amigo

Cristóbal Figueroa. Valparaíso, 61 años

Era fascinante para Andrea la tan ansiada salida a la *Caleta Portales*. De verla desde muy arriba en el cerro a estar allí era divertidísimo, como jugar con la tierra de la toma, pero con un mar al lado con que bañarte y hacer castillos de arena.

No odiaba ese característico olor a mariscos que a algunos incomodaba, lo adoraba. Pero esta historia no se centra en esta fascinación suya sino en el amigo que conoció y nunca volvió a ver. Aquel día normal de playa se salió de lo rutinario. Andrea cavaba un agujero en la orilla con una pala de juguete a la vista de su madre distraída por su teléfono, cuando apareció de la nada un niño que le preguntó si podía jugar con ella, a lo que Andrea, con amabilidad y humildad, contestó que sí. Tenía 10 años, al igual que ella. El niño rápidamente erigió un gran muñeco con la tierra mojada, con sus manos extrañamente azules y arrugadas, de las cuales colgaban algunas algas. A Andrea le pareció peculiar su estado, pero sus chistes y sus creativas ideas de juego la mantenían despreocupada. Era un niño muy divertido e ingenioso, y así se la pasaron riendo y jugando toda

la tarde.

En una sucesión, como un efecto dominó, y en un comportamiento que solo se manifiesta en las playas chilenas, todas las personas que allí se hallaban repentinamente comenzaron a aplaudir. Andrea aún no comprendía a qué se debía aquella acción en conjunto, su mamá nunca se lo había dicho, a pesar de que también lo replicaba. Pero lo extraño es que el niño en aquel momento, notablemente angustiado, le dijo a Andrea que se tenía que ir.

—Gracias por jugar conmigo —le dijo.

Sonó a despedida, cosa que a Andrea le pareció normal, pues probablemente nunca lo volvería a ver (y así fue), pero lo verdaderamente extraño ocurrió cuando se volteó; apenas se giró un segundo y el niño se había ido. No lo divisó en ninguna dirección, a pesar de haber estado a su lado hace apenas unos pocos segundos.

Andrea se limitó a acercarse a su madre. Al mismo tiempo se acercó a ella una mujer con una mirada desgarradora.

—Disculpe ¿No ha visto a un niño, con el cabello rizado, delgado, alto...?

—Nada hemos visto, lo siento.

La mujer no respondió. Se dirigió con los ojos desorbitados y con los pasos arrastrados hacia otro grupo de personas que por allí se encontraran.

—¡Mamá! ¡Yo jugué con él ahora!

—¿Cómo así hija? Si yo te estuve mirando, y todo el tiempo jugaste sola —La extrañeza invadió el pecho de Andrea.

—Pero mamá...

—Se hace tarde. Vayamos en camino ¿Está bien?

Mientras marchaban, Andrea se volteó y observó desde lejos el muñeco de arena mojada, bastante nítido y real, erigido por un niño tierno y divertido, que de repente la tierra había tragado. Al observarlo recordó sus palabras como un eco suave: “gracias por jugar conmigo”.

¿Por qué nos separaron?

(El niño que quedó sin alma)

Julio Vicente Salinas Ávalos. Villa Alemana, 74 años

Su alma está muerta, se la arrebataron de un solo zarpazo a los siete años. Los ojos del niño no dejan de llorar, permanece sentado en el peñasco, frente a la casa. Lloro su corazón, lloran sus ojos, le han arrebatado su vida. En su soledad repite incesantemente, “tú me diste tanto amor en cada juego, en cada carrera, en cada abrazo que te di, recuerdo tus grandes patas sobre mi pecho, tu resuello sobre mi cara, tu jadeo y tus grandes ojos, mezcla rara de padre gran danés y de madre dálmata. Tu grandeza era imponente pero mayor era tu nobleza, tú tan hermoso, travieso y juguetón me acompañabas, eras mi razón de ser. En aquellos días éramos dos almas que queríamos alcanzar el sol, tú con tus ladridos, tus carreras, tus lengüetazos en mi cara, tu cariño hacia mí, hacías latir mi corazón de emoción, nos amábamos tanto, que nunca supimos que la vida nos tenía preparada una traición”.

Un día caminaban alegremente el niño con su único amigo, su perro TINTÁN, por la calle. Como

siempre, de improviso, un borrachito tambaleándose que pasaba por ese lugar trató de tomar al niño y TINTÁN reaccionó, el niño se abalanzó y abrazó a TINTÁN para que no dañara al señor, sin darse cuenta que ese abrazo sería el último abrazo que le daría a su amado TINTÁN.

El niño no sabe porqué su madre le entrega su amado TINTÁN al señor carnicero del pueblo. El niño observa cómo arrastran a su TINTÁN con un cordel atado a su cuello, lo suben a un gran camión entre tres hombres. Sus gemidos, sus ladridos, sus aullidos, rompen el corazón del niño.

Nadie se da cuenta que ese perro es su vida, al arrebatárselo le están arrancando el alma. Aquel muchacho llora desconsoladamente y grita: “No ven que TINTÁN no quiere irse, no ven que TINTÁN grita y ladra. No lo tiren, no lo arrastren, no lo lastimen”. El niño llora y dice: “déjenlo tranquilo, devuélvanme a mi TINTÁN, no se lo lleven, por favor noooooooooooooooooo, por favor... no...no...”. Un grito desgarrador sale de ese ser tan pequeño “¡¡¡Nooo!!! no se lo lleven ¡no!, ¡por favor mamá!”. La madre sostiene al niño y lo reprime. Tiran a TINTÁN con un cordel del cuello, suben a TINTÁN al camión, TINTÁN aúlla como llamando

al niño, sus aullidos son tan fuertes y dolorosos que estremecen el corazón.

El camión se va.

Ahora el niño permanece sentado en ese peñasco día a día soñando y anhelando que su TINTÁN aparezca corriendo y salte a sus brazos. Aquel día en que su perro lloró y suplicó con su aullido... el alma de ese niño murió. El niño sin alma vaga en solitario esperando el ladrido de su amigo. Ya no le quedan lágrimas y en su doloroso silencio, un lamento: “perdón, mi querido TINTÁN, perdón... ¡ven por favor...no me dejes solo!”.

Presencia

Raúl Hein Bozic. Viña del Mar, 65 años

Fue apenas esa pequeña porción de su mensaje la que me llegó de modo especial. Lo precedente para mí no existió y lo que vino a continuación se diluyó en un murmullo decreciente hasta perderse. Solo el presente existe, fueron sus palabras, oración que ciertamente no era nueva para mí, la habré escuchado muchas veces antes, sin embargo y solo ahora calzaba cual pieza de rompecabezas que ya insinúa, sin posibilidad de confusión, su imagen final.

Pasé suficientemente cerca para cruzar miradas mientras el predicador callejero hablaba a su público cautivo. Hasta allí nos separaba una importante distancia emocional, sin embargo, la entonación de estas palabras y el brillo de su mirada en esos ligeros segundos en que las pronunció, las volvieron nítidas, irrumpiendo con potente calidez en mi ventana de atención. Como una cuña martillada con precisión su voz ya no fue suya, fue más bien el instrumento de una voz mayor.

Solo el presente existe, a modo de un mantra re-

petí a paso ligero y elevando el mentón, casi evitando que lo que él pudiera seguir diciendo también me interesara: no quería correr el riesgo que la pieza del puzzle volviera a su caja y desarmara lo que emergía con poderosa naturalidad en mi interior y, cual robusto andamiaje, se anidaba sin esfuerzo haciendo desaparecer el peso culposo y triste del pasado y las ansiosas ficciones de futuro.

Solo el presente, solo el presente, vibrante calle abajo, el mar a lo lejos, flores, la semilla hecha árbol y las aves en sus ramas y en sus nidos, las piedras, cercos de madera vieja, insectos, nubes, fundidos todos, acompañaron la experiencia numinosa.

Ratatán y Ratatín

Luis Ahumada Figueroa. Viña del Mar, 66 años

“Terror en Cerro Castillo: roedores irrumpen en el Palacio de Gobierno”. La noticia apareció, junto a dos fotografías, el día 22 de Mayo del año 2000 en la portada del diario “La Estrella”. En la primera foto, sacada a las 10:28, estaban en la tarima todas las autoridades de gobierno incluido el Presidente de la República. En la segunda foto, sacada a las 10:30, aparecían solo dos roedores donde previamente habían estado las autoridades. ¿Qué paso a las 10:29? ¿Había algún registro gráfico de los acontecimientos? ¿Dónde estaban las autoridades en ese minuto?

El periodista que escribía la crónica daba cuenta de distintas elucubraciones: desde un posible atentado terrorista hasta un tsunami. La crónica relataba el pánico vivido a las 10:29 donde las autoridades corrían en todas las direcciones. En aquel minuto fatídico, se escucharon las sirenas de policías, ambulancias y bomberos. Los celulares emitían la alarma de alerta roja, sin información clara de hacia dónde evacuar.

Francisco, cocinero jefe del palacio de gobierno,

se había quedado dormido. El día anterior había sido literalmente una locura. El menú, tan cuidadosamente pensado para la ocasión, había pasado a un segundo plano. Nunca antes había acontecido nada similar un 21 de Mayo, día de la Cuenta Pública del Presidente. ¿Habría habido una intoxicación masiva producto del pescado comprado en Caleta Portales? Al prepararse un café para comenzar el día, Francisco reparó en las fotos que aparecían en el diario. Grande sería su sorpresa al ver en la segunda fotografía a sus encargados de degustación: Ratatín y Ratatán.

Ambos roedores formaban parte del destacado equipo de cocina de Palacio. Francisco los había visto por primera vez al poco de ocupar el cargo de cocinero jefe. Como muchos de sus amigos tenía pavor a los ratones, sin embargo, estos roedores habían logrado conquistar su corazón y ayudarlo a vencer los miedos de su infancia.

Ratatín y Ratatán olían mal, tenían unos dientes amarillos y sus pelos grises pinchaban como las espinas de un cactus. Lo peor sin duda eran sus colas largas que al moverse parecían dos serpientes enfurecidas. A Ratatín le gustaba el salado. Su plato favorito era la carne mechada. Gustaba también del pastel de choclo y las

empanadas de pino. A Ratatán le gustaba el dulce. Disfrutaba del arroz con leche, los panqueques con manjar y la torta de lúcuma. En la noche de Año Nuevo, mientras todo el mundo disfrutaba de los fuegos artificiales, Ratatán y Ratatín comían a destajo lo que quedaba en los platos de los invitados.

Francisco había aprendido a no tenerle miedo a sus amigos roedores. Eran buenos aliados en la degustación de las comidas. Había sí una única exigencia para permanecer en el equipo de cocina. No debían aparecer en público. La regla básica era: “Lo que acontece en la cocina de palacio, se queda en palacio”. Aquel fatídico 21 de Mayo sus amigos roedores habían roto dicha regla. Serían expulsados hacia el mar con destino al “Cap Ducal”.

Un instante

Paulina Silva Ferrada. Viña del Mar, 65 años

¿Qué es ir con el flujo de la vida? ¿Qué es real?
¿Cuál de todos es el sueño?

Desperté con éstas preguntas en los ojos, porque en los labios tenía tu boca. Se colaba sutilmente por la ventana entreabierta un rayo de sol, y las cortinas danzaban suavemente al compás de la mañana. Tus manos tibias tocaron mi pecho y el canto de mirlos y otras aves inundaron la habitación... no sé por qué surgió esta pregunta, quizás la postal era tan perfecta que ni siquiera quería moverme, para que no fuéramos a despertar.

El color de cuarto se fue tiñendo desde los tonos rosas, suaves anaranjados, amarillos...

—Ese es un petirrojo —me dijiste—, comienza a cantar temprano en la mañana y puede ser de los últimos en dejar de hacerlo por la noche.

—Como nosotros haciendo el amor —te contes-té.

Reíste.

—¿No fue suficiente toda la noche? —Me susu-

rraste al oído.

Cerré los ojos y al abrirlos vi tu silueta en la ventana, con tu café recién hecho. Me acercaste un jugo de naranja. Ya te habías vestido, olías a cedro, a madera de bosques ancestrales, y ya tu piel no guardaba el aroma de la noche. Yo en cambio, aún enredada entre las sábanas, me había quedado tan profundamente dormida que no sabía qué era real y qué era sueño.

—¿Me hablaste algo de un petirrojo? —te pregunté.

—No —me contestaste serio—. Bueno, ya me voy.

Tintinearón las llaves en tus bolsillos, me besaste en la frente y me animaste a tener un buen día. Ahora el sol entraba en la habitación sin piedad... esta también es la realidad, me dije, y me dispuse a comenzar el día.

Un león, corran patitas

Sonia Mirian Reyes Sagardía. Viña del Mar, 80 años

Carlos nació en Polcura, localidad precordillerana de la comuna de Tucapel, región del Bío Bío, 20 kilómetros al este de Huépil. Polcura, en mapudungun, significa “piedra amarilla”. Fue hijo primogénito de doña Victoria y don Juan.

En zonas rurales los niños eran tratados como hombres pequeños, pues el exceso de trabajo les impedía prestarles más tiempo que el necesario para la supervivencia.

Llegó la hora en que el padre decidió mostrar al hijo parte de su mundo. De modo que de madrugada, como se acostumbra, lo montó junto a él en su caballo y, atravesando la oscuridad de la corta calle principal del pueblo, emprendió la subida por cerros solitarios que se suceden unos tras otros, en medio del verde paisaje exuberante de árboles nativos, caídas de aguas producto de los deshielos cordilleranos, tierra húmeda y fértil, aire puro, estrechos senderos y la cacofonía de los animales que lo habitan.

El viaje lo hacía por razones de trabajo, ya que en

cierta época del año se conduce ganado a la cordillera en busca de pasto fresco. Le llaman “veranada”. Con cierta periodicidad visitan sus animales y los marcan a fierro candente para identificarlos. Además, el padre se desempeñaba como contratista a cargo de faenas de tala para una empresa maderera.

Cabalaron varias lomas y el pequeño, cansado, ralentizaba el avance. Entonces su padre encendió una fogata, lo sentó cerca y le advirtió no moverse y esperar su regreso. La fogata le proporcionaba calor y luz al infante entre las sombras de fornidos árboles. Esa soledad desconocida le atemorizaba. Quizás hasta durmió un instante producto de la falta de energía por el esfuerzo.

De improvisto, la resonancia del lugar magnificó un rugido de león., felino que habita la cordillera de Chile conocido como “león chileno”. La criatura desconocía su ubicación, pero no dudó en ponerse a salvo y echó a correr hacia abajo por los cerros. Esta vez sin caballo, a golpe y porrazo buscando señales entre matorrales y estrechos senderos. Tenía que descender a como diera lugar, pues el “león” estaba cerca.

Por cierto, su padre no lo encontró a su llegada y se dirigió al pueblo sin señales de su regalón. Ocultando su aflicción a doña Victoria, organizó secretamen-

te una cuadrilla de hombres a caballo para emprender la búsqueda. Pasaron horas interminables antes que el niño apareciera solo por el pueblo.

Carlos al relatar su experiencia, enfatizaba que jamás sintió el abrazo de su rudo padre como en esa ocasión y además le hizo prometer no contarlo, sería un secreto.

No sabemos cuándo su madre, Victoria, logró enterarse, pero la narrativa del “león”, en vocablo infantil, fue narrada muchísimas veces en su núcleo familiar. Hecho real que constituye un memorial familiar.

Cumplidos sus 82 años y asomándosele su niño interno entre las canas, decidió emprender el camino por cerros hacia una nueva existencia, escalando elevadas cimas sutiles para encontrar allí a su padre y decirle que se hermanó con el león.

Valparaíso entre cenizas

Leonor Márquez Puyol. Viña del Mar, 65 años

Era sábado y desde temprano se escuchaban las sirenas de los carros bomba en el cerro La Cruz de Valparaíso. El humo hacía que respirar fuera una tarea difícil y el viento otoñal de ese día era muy fuerte. La abuelita Rosa le comentó a sus nietos adolescentes, Carlos y Teresa:

—Al parecer con este viento infernal el incendio se extenderá más rápido.

—No seas pájaro de mal agüero, pronto lo apagarán— le respondió su hija María.

Las horas fueron pasando y el incendio crecía aún más, de acuerdo con las noticias que escucharon antes del corte de luz. Había una gran cantidad de casas destruidas, muchas personas damnificadas y algunas desaparecidas o muertas. El miedo, la pena y la desesperanza reinaba entre los vecinos de María. Finalmente decidieron dejar el lugar ante el peligro que corrían sus vidas.

Al bajar el cerro, el paisaje era desolador. Los pocos caminos que quedaban estaban bloqueados por árboles

y maleza ardiente. El aire irrespirable y el ambiente caliente hacía difícil el descenso. Rosa, con claros signos de agotamiento y de dolor por su artrosis, se tumbó a un costado del camino.

—¡Hija ya no puedo más, sigan ustedes y déjame aquí! Soy una vieja y mi hora ya llegó.

—No mamá de aquí vamos a salir todos con vida —sus lágrimas le bañaron el rostro—, nosotros somos una familia unida— dijo con emoción — vamos a reposar un momento y luego seguimos.

Sus nietos se aferraron a Rosa

—Abuelita —agregó Carlos— no eres una vieja, tú y mi mamá son lo más importante y las queremos mucho.

Mientras descansaban, vieron a personas llevando televisores, radios, computadores y un sinnúmero de artefactos, lo que hizo que María y sus hijos reflexionaran.

—Mamá ¿desde cuándo esas cosas que llevan son más importantes que la vida? En otras partes han muerto personas mayores por no rescatarlas a tiempo —preguntó Teresa.

—Lo mismo pensaba hija, creo que es lo que la

gente quiere más. El mundo está muy cambiado, ya no valoran al ser humano.

—Lo esencial —argumentó Carlos— es que nosotros somos diferentes, tenemos valores y respetamos mucho la vida humana y eso lo aprendimos de ti y de la abuela.

Pronto retornaron al camino, ahora con más ahínco. Iban sorteando varios obstáculos hasta que llegaron a un sector en que las llamas habían bajado la intensidad y el aire era más limpio. Unos bomberos los ayudaron a llegar a su destino. Después de agradecer y recibir alimentos y frazadas de los voluntarios. Se abrazaron fuertemente, pues estaban vivos e ilesos. La pérdida de su casa y de sus enseres ya no les afectaba, habían reafirmado la importancia de valorar y sus sollozos por la emoción contenida se perdieron en el infierno de abril.

Demoraron 12 días en apagar totalmente el mega incendio ocurrido el 12 de abril de 2014 en la ciudad de Valparaíso.

Zapatos por atar

Marcos Gómez. Viña del Mar, 61 años

De joven yo le reclamaba a mi madre: “¡No tengo zapatos!”. Lo decía con rabia, sin mirar más allá de mi propia frustración, mientras ella llegaba agotada del trabajo. Para mí, esa “nada” era un vacío injusto; una comparación constante con los demás niños que me quemaba por dentro: ¿por qué yo no y otros sí? No sabía entonces que, con el tiempo, entendería que sí lo tenía todo, y que lo material era apenas humo frente al amor inmenso que ella me daba.

La pobreza fue dura, pero más dura fue mi incapacidad de comprender. Yo solo veía lo que faltaba. Ella, en cambio, llenaba lo “poco” con canciones que me hacían sentir a salvo. Me cantaba antes de dormir, aunque estuviera cansada; no le importaba con tal que yo estuviera feliz... Y, sin saberlo, su voz armaba un mundo completo dentro de mí. Un mundo suficiente, aunque en ese momento yo no lo notara... ni se lo dijera.

Crecí, me hice hombre, y un día algo en ella cambió. Empezó a caminar distinto, como si sus pasos du-

darán. Cocinaba sin su esencia, olvidando las recetas que antes recitaba al derecho y al revés. Murmuraba melodías que ya no eran suyas. Nunca imaginé que la vida, silenciosa y cruel, comenzaría a borrarle uno a uno los momentos que nos unían.

Dicen que nunca es tarde, pero el tiempo no perdona y cobra factura. No valoré su compañía como debí, y ahora los años me pesan como culpa. Cada mañana, al verla perderse en su propio reflejo, siento que intento sostener algo que se desvanece lento. A veces sueño con que despierta siendo ella.

Un día desperté feliz y grité: “¡Mamá!”... pero no era ella. Era mi esposa, preocupada, sin entender qué me pasaba. Es una sensación agri dulce: formé mi familia, sí, pero también estoy perdiendo una parte fundamental de ella.

Me duele el alma pensar que sus anécdotas —aquellas que de niño me cansaban— hoy son mi único refugio.

¡Es desesperante! Ella me olvida un poco más cada día. Y yo... yo vuelvo a ser un niño buscando el consuelo de una madre que ya no puede encontrarme.

“Me está olvidando, me está olvidando”, repetía.

Cuando la voy a visitar, con los ojos ahogados de tanto llorar, vuelvo a ver sus zapatos sin atar. Estás aquí, vieja... pero en lo más profundo de mi alma sé que ya te perdí.

Nuestros zapatos siempre estuvieron vacíos.

Mi corazón, en cambio, siempre estuvo lleno. Tenemos cientos de zapatos, pero tú perdiste miles de recuerdos, y yo gané millones de arrepentimientos.

Categoría publicados

Amor en el jardín

Catalina Iracheta, Viña del Mar, 73 años

La mañana estaba húmeda, pues la noche anterior había lloviznado y los rayos solares comenzaban a alumbrar las flores permitiendo que sus pétalos abrieran y se perfumara el ambiente. Recorría el jardín con mi nieta como lo hacía todos los días; sacábamos hojas secas, cortábamos tallos quebrados y observábamos la presencia de insectos que generalmente aparecían en la noche. Y es así, como descubrimos una franja brillante y las hojas verdes y frondosas de plantas carcomidas. Sin dudar le comento:

—¡Nuestro jardín ha sido invadido por caracoles!

—¿Cómo lo sabes abuela?

—Simplemente porque han dejado huellas indicando que este lugar es ideal para su supervivencia.

—¿Cómo es eso abuela?, ¿Cómo se aman los caracoles abuela?

—Ven siéntate a mi lado que te contaré un cuento.

En noches lluviosas, los caracoles salen en busca de

aventuras; después de haber cenado y bebidos del manantial, van en busca de amores y es así como se encuentran dos en el camino. Los caracoles son hermafroditas: tienen los dos sexos. Después de unos minutos de reconocimiento a través del olfato y el tacto, se colocan uno al lado del otro para liberar el “éxtasis de la vida”: de esta manera se preparan para amarse, apoyarse, conectarse y aceptarse con generosidad y cuidado.

La “Madre naturaleza”, en un acto de magia, convierte a uno en macho y nosotras para diferenciarlo, le pondremos el nombre de “Cupido”; mientras al otro caracol que se convierte en hembra la llamaremos “Venus”. En un momento de amor, Cupido le lanza una flecha, la cual atraviesa el cuerpo de Venus quedando unidos por un día y una noche. Al segundo día Cupido se separa de Venus y sigue solitario su camino en busca de otra conquista. Venus, queda preñada y en calidad de madre, busca un suelo suelto, húmedo y rico en alimento para cobijar a su descendencia. El cuidado de la madre no termina ahí, ella al encontrar un lugar seguro hace un hoyo con su grueso pie, en este, vomita sus huevos atragantados en su cuerpo y luego usando nuevamente su pie, los cubre. Posteriormente sale a buscar otras aventuras, pero tanto ella como Cupido no sabrán qué rol desempeñarán en su nueva conquista...

Ballena en el cerro Esperanza

Jorge Laubrán Nilo. Valparaíso, 74 años

Un tremendo estruendo nos despierta, aterrados, temprano por la mañana. Pasado el susto y el polvo, descubrimos sobre los techos de nuestras casas una gigantesca ballena. A medio día el barrio es un hervidero. Los viejos observamos en silencio, sabemos que ha caído desde un helicóptero que la transportaba a Tokio. Los jóvenes se hacen selfies con el cetáceo de fondo. Los niños, cual hormigas activas, trasladan agua para humedecer la piel del desgraciado. El presidente de la junta de vecinos posa con el alcalde para la prensa. Los periodistas lo atribuyen al cambio climático. Las señoras piden que se deje como atracción turística para el cerro. Los constructores evalúan la resistencia de los techos contra impactos de ballenas, deseando secretamente la caída de alguna más para nuevas pruebas. Los del Museo de Historia Natural esperan su muerte para obtener su esqueleto. El pintor surrealista instala su atril y los vendedores de suvenires han copado la vereda. Los pescadores piden que se les regale para carnada y los pescaderos la quieren en sus pescaderías. El cura da una bendición y monta una colecta. Los niños

sueñan con que la ballena regresa volando al mar. La ballena solamente desea... morir en paz.

Bella y temible luna llena

Carolina Grekin. El Quisco, 77 años

Pocos saben que cada luna llena los caballos de Isla Negra se juntan a danzar en un enorme terreno baldío de Santa Luisa.

Una cierta noche de enero fui conducida a movilizarme hasta allí por una pulsión tan poderosa que desoí mi deseo de quedarme en casa leyendo el libro que había traído para mis vacaciones de verano. Energía al galope. La naturaleza expuesta en su vertiente más misteriosa. Voluntad expresa tan potente que arrastró a la mía sin darme tregua.

Allí lo encontré: una presencia —belleza al límite de la fealdad— entronizada sobre las bestias, dirigiendo el espectáculo e invitándome a aceptar lo nunca imaginado. Y yo acepté. Así fue como comencé a vivir en esa dimensión desconocida que se ofrece a quienes se atreven a levantar los márgenes de lo establecido... o que se doblegan ante una fuerza superior a la propia.

Entré en la cueva del dragón; testigo y víctima de su poder. Sometida a una experiencia vivida en completo asombro, no pude ponerle un nombre. Inmovilizada

por la oscura pasión y hambrienta de corrosiva hambre nueva, no quise (¿o no pude?) escapar a su influjo.

Cuando el huir se volvió una opción que repugnaba a aquella parte de mí atada a esa voluntad torcida, me sumergí en un torbellino de sensaciones violentamente placenteras y dolorosas. El placer y el dolor se hicieron uno. Y ambos fuimos uno: perdidos los límites personales, nuestro íntimo encuentro se hizo conciencia compartida y extendida por el cielo y los infiernos. ¿Cómo saber si alcancé nuevas alturas afectivas o fui subyugada por la seducción narcisista de una personalidad arrobadora?

Durante un mes me dijo: “te amo”. Por otros treinta días me repitió: “te quiero”. Y luego, en el tercer mes, el silencio y una mirada enjuiciadora que me culpaba por cada uno de sus ánimos cambiantes.

Yo no escapé de su influjo; fui escupida de su laberinto. Y si hoy puedo escribir esta historia es porque estoy fuera de ella. Porque miro a ese pasado como si no me hubiera ocurrido a mí; como si se tratara de un preciado obsequio recibido: aprendí sobre el valor de sentirme yo. Yo, en mi propia piel y en mi propia alma que decide desde sí misma por el poder de su propio pensamiento autónomo.

Repito: no sé si puede llamarse amor, o tal vez posesión, lo que sentí y viví; sí sé que amo a los caballos. Que amo la luna llena. Que amo mi libertad.

Bus 602

Pablo Santiago Ortuzar Prado. Concón, 74 años

Voy en bus a hacer unos trámites a Viña del Mar. Espero en el paradero frente a la playa. Ahí se encuentran dos jóvenes y una señorita esperando algunos de los buses que recorren del trayecto.

—Perdón señorita, ¿habrá pasado la 602?

Ella le dice que pasó hace poco rato.

—Gracias —dice Albert.

Él la observa, tiene una belleza exótica y atractiva.

—¿Vas a Viña? —pregunta, intentando prolongar la conversación.

Ella lo corrige diciéndome que va a Valparaíso. Que vive cerca del puerto, en la calle Urriola.

—Qué bien, suelo ir a los restaurantes que quedan en lo alto esa calle.

Ella también lo encuentra atractivo y no se atreve a dar el siguiente paso, finalmente le sonríe.

—Perdón, ¿cómo te llamas?

Ella con voz baja e insegura, le dice que se llama Dominga.

—Si algún día quieres tomarte un café en Urriola alto, cuenta conmigo.

Algo pasa entre ambos, porque se crea una empatía inmediata, un hilo invisible que los conecta.

—Sí, por qué no —dice ella, pasándole un papel con un número de celular.

Antes que llegue la 602, ya se han dado sus datos personales y fijado el día y la hora para un café en lo alto de Urriola.

Va en camino a la cita, se baja en un paradero cercano a la calle Urriola, un descuido casi le cuesta caro: ve un auto rojo a toda velocidad que se le viene encima. Albert alcanza a saltar con una pirueta y cae de costado en la vereda de enfrente.

—¡Uhh! de la que me libré.

Se incorpora rápidamente y se dirige al café para no llegar tarde. Sin embargo, Dominga ya lo está esperando.

—Hola Dominga.

Ella no contesta y se le ve un poco nerviosa. La vuelve a saludar.

—¿Hola Dominga, te acuerdas de mí?

No hay respuesta alguna y en ese momento una mano se posa en el hombro de Albert.

—Hola, ¿cómo has estado?

—Hasta hace un rato muy bien, pero te cuento lo que me está sucediendo. ¡Pero Lucho, yo fui a tu funeral! ¿Qué está pasando?

—Si Albert, yo estoy muerto y tú también.

—¿Qué? ¿Cómo?, no puede ser...si yo.

—Te acuerdas que hace poco rato, te atropellaron.

—Si y me salvé por milagro.

—No, amigo, tu cuerpo se fue; solo queda tu alma. Tu amiga ya está viendo la hora y en un par de minutos se irá, tu espíritu ella no lo ve. Tomemos un café los dos, otro espíritu nos lo ofrecerá.

—Estoy bloqueado Lucho, fuimos amigos toda la vida, te lloré en tu misa y ahora me dices que... debo avisarle a mi señora lo ocurrido.

—No te preocupes, ella ya lo sabe. Gran parte del país también lo sabrá: mañana lo verás en la prensa. Ahora debo irme Albert. Tengo un concierto en Viña, cuídate.

Albert, con tristeza vuelve la vista hacia Dominga, que lo espera en vano. Quizás piense que la engañó. Solo queda el consuelo de que mañana sabrá la verdad.

—Dominga... lo siento.

Choro... de caleta

Elba Meneses Cortés. Concón, 68 años

Choro Z. del Mar era el más salino, fuerte, audaz y envalentonado jovenzuelo de la Caleta Chungungo. Admirado por sus pares, elogiado por los adultos, querido por los niños y deseado por las mujeres. Ideal masculino de tan paradisíaco lugar, a diferencia de sus primos hermanos Mejillones, apreciados por su sencillez y simpatía. Moluscos más dulces, apacibles y algo entraditos en carne.

Se sabía atractivo —en su estirpe de nácar y brillos violáceos tornasolados— cuando caminaba gallardo por la playa de doradas arenas, rumbo a la empresa —Marina del Mar— de su padre Choro Zapato y su tío Choro Maltón. La familia se dedicaba a la producción y venta de diversas especies marinas, valoradas y apetecidas en la gastronomía de la zona, del país y el extranjero.

Tenían un negocio exitoso, bien administrado, con numerosos trabajadores comprometidos y bien remunerados. Su eficiente trabajo les permitía vivir tranquilos y sin sobresaltos económicos, en tan pródiga

belleza natural nortina. Ambos eran viudos. El hijo y sobrino era sus únicos herederos...sus esposas bivalvas habían fallecido en un trágico accidente marítimo.

Las primas Almejas, las hermanas Machas y la joven Cholga lo saludaban coquetas y enamoradas. Soñaban con que algún día, una de ellas lo atraparía y sería la flamante esposa de este hermoso espécimen marino; aunque sospechaban que la estupenda Ostra, al parecer, les llevaba ventaja en la conquista de ese corazón, porque los veían siempre juntos, paseando o conversando animadamente, felices y desbordantes en íntima complicidad.

Para su padre y su tío, era el heredero natural, continuador innegable de su legado.

—¡Seguirá nuestros pasos! —decían orgullosos

—¡Con ese don de gentes, forjará un imperio marino! —comentaban convencidos de sus palabras.

Nunca, se les ocurrió preguntar o conversar íntimamente con él, acerca de sus intereses académicos, proyectos, planes futuros o deseos personales. Choro Z, quería estudiar, tener profesión, viajar por el mundo y llegar a Broadway. Su sueño... ser bailarín profesional.

Junto a Picoroco —el crustáceo más amoroso de

la caleta y amigo de toda la vida— inventaban coreografías, ensayaban bailes, veían videos de programas artísticos y compartían el gusto por las ropas extravagantes que usaban los famosos. Era su más íntimo secreto. Caminaban con rumbos distintos, para encontrarse a escondidas en pequeñas playas ocultas entre roqueríos, sin miradas inquisidoras, para ensayar sus creaciones y expresar el mutuo amor que se tenían el uno al otro, con plena libertad.

Se imaginaban escenarios de vida juntos, triunfando en algún espectáculo de renombre internacional... soñaban con las tres F: Felicidad, Fama y Fortuna. En su fuero interno, sentían que esos sueños eran imposibles, sobre todo el amor juvenil que los desbordaba desde hacía mucho tiempo y que había surgido sin siquiera proponérselo.

En la Caleta, la hombría eran palabras mayores y solo el pensar en hacer pública su relación y expresar abiertamente sus sueños, los llenaba de dudas y temores...así, continuaban ocultando su realidad, ¿hasta cuándo? no lo sabían.

Solo Ostra, conocía su secreto y los ayudaba a mantenerlo... sin sospechas.

Cuatro de marzo

Isabel Ester Villalobos Cerda. Villa Alemana, 71 años

Chuquicamata, norte donde el viento arrasa fuerte y roba los rayos de sol, hoy comienza este cuento de AMOR: Se detiene la camioneta 7415, amarilla de la Compañía, te bajas, no puedo calmar la quietud de mis ojos frente a ti, alto, impresionante con tu casco que cubre tu bella cabellera, mi corazón comienza a latir muy fuerte, mi mirada junto a la tuya se cruza, ellas hablan entre sí, escondo mis nervios y mis mariposas comienzan a volar. Inicio mi historia, la que Yo iré formando con los días. Es lunes, hora de término en la oficina, con una sonrisa en mis labios, y una mirada coqueta te digo:

—Hola, es un placer inmenso conocerte. Soy Isabel.

Ríes y simplemente dices:

—Encantado, Héctor.

Debo iniciar conversación rápidamente para no perder tiempo antes que te vayas de la oficina.

—¿Dónde trabajas?

—Estoy ahora en el Proyecto de la Radomiro Tomić.

Yo soy rapidita en mi conquista.

—Tengo ingenieros amigos que a lo mejor tu conocerás.

—Interesante.

—Yo te invito a un café más tarde.

—No, mejor yo te invito a cenar.

Río, mi felicidad es notoria, doy mi dirección junto a mi tarjeta de presentación.

—Paso a las nueve por ti.

Yo loca de felicidad pensaba entre mí “Él es mi compañero de vida”; me arreglé preocupada de cada detalle, vestí un traje ajustado rojo italiano debajo de la rodilla, tacones muy altos para estar a la altura y mi cabellera negra suelta, maquillada y perfumada para la ocasión.

Veintiún horas, puntual. Abro la puerta y lo veo frente de mí. Pensé “Isabel sonaste, te enamoraste”. Fuimos a cenar, charlamos y luego a bailar, fue noche de hadas encantada. Cuando llegamos a casa, te pregunto

a qué hora pasas por mí mañana. Ríes “¿Te parece a las 17:30 en tu oficina?” Los ojos me bailan de felicidad.

Varios encuentros de lunes a jueves. Fuimos a cenar el viernes y te propongo matrimonio. Ríes y te pones nervioso, mañana concretamos y vas por casa con mis papás. Han pasado siete días de grandes encuentros, aún recuerdo el candor de tus besos, junto a mis labios, fueron días intensos.

Viernes: Isabel acepto. Tenía un anillo de cobre en mi cartera que te quedó en el dedo chico. Reímos mucho.

Llego a casa, mamá dice “esto es una locura Isabel”, yo replico “me enamoré”, “no participo de esto”. Papá: “hija, es su decisión”. Mamá: “sales, pero no regresas”. Respondo “no volveré”. Lunes, organizas todo, es una locura, todos ríen.

Matrimonio. Cuarenta y dos años de felicidad. Del Norte a Santiago, de la capital a Villa Alemana, nueva vida de gozo y pensando disfrutar nuestra jubilación.

Mas Dios así no lo quiso. Fuiste a la fila para que timbraran tu pasaporte al viaje celestial, AMOR MÍO. Por encima de todo, vives en mi corazón, pues a él le

das vida.

Espérame en el cielo corazón.

Desaparecida

Enrique Muñoz. Concón, 66 años

Alberto despertó sobresaltado. Apartó las sábanas aún semidormido y corrió al computador. Lo encendió, pero seguía apagado. Necesitaba enterarse de la última noticia de Elisa. Finalmente, el monitor se encendió. Una luz repentina e intensa le cubrió el rostro hasta dejarlo encandilado. Sentía que algo o alguien al otro lado de esa pantalla, le hablaba:

—Sé que te dicen Tito. Sé también que buscas a tu hermana...

Con inquietud el muchacho preguntó:

—¿Vienes del mundo virtual? Porque ella desapareció hace una semana... Pienso que su novio la secuestró. A él lo rechazaba toda la familia.

—Tranquilo... ¿Acaso no confías en mí? —le respondió la misteriosa voz. Luego, invitó a Alberto a mirar ciertas imágenes que él jamás había visto.

Al centro de la pantalla vio con asombro a su hermana, sentada sobre una roca ígnea. Destellaba un coral a su alrededor. Ella leía un libro amarillo. Inquieto,

se acercó un poco más para ver la escena. De repente, un choque eléctrico lo empujó hacia donde estaba su hermana. Sintió un ahogo momentáneo. Notaba que podía hablarle a través de burbujas de aire. Una mezcla de estupor y alegría embargó el corazón de Alberto. Tímidamente le preguntó ansioso:

—¿Qué te ocurrió querida hermana?

La joven posó su mirada sobre Alberto con ternura, respondiéndole en forma telepática:

—Me sentía triste. Nuestra madre detestaba a James por su raza negra. Igual que mi padre, no lo toleraba. Este amor puro entre ambos provocó un conflicto. En un arranque de rabia, decidí pasear por la playa. Contemplé el horizonte marino, con la mente completamente abrumada. Sin darme cuenta, avancé entre las olas. Inconsciente, me sumergí en la profundidad de aquellas aguas cálidas.

—¿Cómo es posible que sigas viva? ¿Fue acaso esa voz misteriosa la que te trajo hasta aquí? —interpeló Alberto, dominado por la incredulidad.

—Digamos que sí —respondió ella con suavidad—. Si no fuera por James que se convirtió en mi novio virtual, probablemente seguiría desaparecida

para ti. La Inteligencia Artificial lo absorbió. Gracias a sus habilidades, creó este mundo para nosotros. Al parecer, aquí somos eternos —explicó la joven, de manera breve.

—¿Acaso yo he muerto por culpa de tu novio virtual? —le preguntó Alberto, con angustia.

—Mi novio no es tu enemigo. Él te trajo hasta mí porque me ama.

—Entonces ¿La Inteligencia Artificial es mi verdadero antagonista?

—¡No! El verdadero antagonista eres tú mismo. Cuando vivíamos en casa, nunca tenías palabras para mí. Para mis padres y para ti, yo era invisible —le respondió con reproche.

—Entonces ¿cuál es mi pecado? —replicó él, algo molesto.

Ella, con cierta ironía, respondió:

—Sucedé que estás muchas horas frente a ese monitor. Creo que el uso compulsivo de Internet te seducía como una droga tecnológica que no te dejaba dormir...

El joven abrió sus párpados lentamente. En ese

instante, observó un libro amarillo sobre el teclado, escuchando una voz que decía:

—¡Ahora eres un avatar avanzado y has visitado a tu hermana en este sueño virtual!

De tiuques y cernícalos

Héctor Araya Vallejos. Quilpué, 78 años

Claro que parecía pájaro. Patas largas igual que las garzas, ojos saltones como los búhos, nariz de pico, no se rían, como aves de rapiña. La vieja Clota, la de los escobazos a los que jugábamos pichangas en la vereda, lo bautizó como “el tiuque”, ahí quedó con el nombre. Nosotros no sabíamos qué era eso, pero sonaba a pájaro. Los brazos del tiuque parecían alas pegadas al cuerpo, no los movía ni para arrancar de los pacos cuando lo pillaban choreando. El profe Díaz con zeta, que vivía en la única casa decente del barrio, lo retaba y se negaba a decirle tiuque. ¡Cernícalo! le gritaba cuando lo veía haciendo leseras. El tiuque se enfurecía con el insulto. Más encima, le gustaba subirse a los eucaliptos más grandes del peladero, que era lo único bonito del barrio según la Julia, la dirigente. Se quedaba horas en la rama más alta, nos miraba y más de alguna vez hizo lo que hacen los pájaros cuando se cuelgan arriba de algo. Ahí lo agarrábamos a piedrazos por cochino. Plumas no tenía, pero sí hartas manchas y barro en su ropa, como costra pegada. Nunca lo vimos llorar eso sí. Pasaba hambre yo creo y eso que los niños le tirá-

bamos miguitas, algunas grandotas; agua no le faltaba con el grifo chorreando siempre. Lo empezamos a querer cuando le dio por avisarnos que venían los de la población a buscarnos mocha. No nos gritaba, graznaba (se lo pregunté al profe) y nos escondíamos o dábamos la pelea según si eran pocos o si venían con el rucio, el bueno pa los combos. Mi mamá le tenía lástima, le hizo un nido dijo ella, al lado de la capilla. Él juntó cosas, colchas, cartones y ahí se echaba a dormir, como los perros según la vieja pechoña, la que iba a rezarle rosarios para que se arrepintiera de no sé qué.

Apareció un día el tiuque muy bien acompañado según el Rufino, el otro botadito de la cuadra, el que nos arbitraba los partidos y nos expulsaba y todo. Se juntaron las comadres: no pues, cómo le vamos a aceptar una cosa así. La cosa así era una mujer bajita, pelo pegado, cara de nada. Le pusimos “la pingüina”, porque casi no movía las patitas cuando caminaba, era negrita, con un delantal blanco que usaba para emplearse decía mi mamá. Esto queda entre aves, comentó Luchito, el practicante que era como el doctor del barrio, sabía casi lo mismo que el profe.

Quedó la grande cuando nació la guagua. No se le notaba decían las viejas. Más encima, el tiuque se

echó a volar. Así, a volar, se fue. Yo juro que lo vi volando sobre los eucaliptos, graznando. Nos dejó con la guagua el desgraciado. El profe se indignó, gritaba: ¡cernícalo, tucúquere! y otros garabatos, pero igual se puso con plata para el bingo y con una enciclopedia de premio. Terminamos por encariñarnos con el pajarito. El cernicalito.

El fósforo mágico

Alberto Escalona Encina. Valparaíso, 64 años

Otoño de 1941 en Valparaíso. “¿Podemos ir con Pancho a caminar papá, solo a mirar las Quintas?”. Luis, su rudo padre, enciende un fósforo y sentencia: “¡Antes que se apague están de regreso, de lo contrario no salen más!”. Corren descalzos calle abajo, pantalones cortos y tirantes, felices, el mundo se abre a su paso y el viento fresco de la tarde los impulsa como avionetas de papel. Nada de otro mundo; letreros, los clubes del barrio, las juntas vecinales, Quintas, música, caballos, carretas. El mundo recién se inicia y todo es novedoso, todo es bello, todo es sorprendente. Pancho, de diez, mucho más inquieto que Sergio, de ocho, convence a su hermano para que ingresen a la casa de una misteriosa mujer, por todos admirada, en especial por los varones, de la cual se cuentan apasionantes historias. “¡Saltemos la reja!”, dice Pancho. Sergio lo piensa tres veces, pero al ver a su hermano ya en el antejardín se decide y salta. Caminan sigilosos hasta la puerta trasera que da a una cocina, la puerta está abierta, ya es tarde para dar pie atrás. Se tientan con un pollo al horno sobre la mesa, Sergio prefiere comer o arrancar con esa hermosa ave, Pancho lo

toma de la mano y lo jala. Al girar hacia un pasillo sienten una suave y hermosa voz: “¿buscan a alguien?”. Los dos niños se congelan, por sus mentes pasa el rostro de su padre, el fósforo a punto de consumirse, la correa de cuero colgada en la pared, el rostro de Ester, su madre, que llora en silencio por cada castigo. Pancho, osado y astuto, toma la mano de Sergio y giran. “Buen día señora, soy Pancho, este es mi hermano Sergio”. “Soy Vanessa, la dueña de este palacete”. Sergio, inocente, recordando lo que ha visto en algunos lugares, hace una exagerada reverencia y dice: “Un gusto verla estimada dama”. La leve sonrisa de Vanessa, cargada de emoción, admiración y asombro, hace brillar los ojos de ambos hermanos que, mientras ella sonríe, recién dan cuenta de la extraordinaria belleza de esa misteriosa mujer, su cabello, sus ojos, su piel, sus labios, la tela de su vestido, su porte y su aroma. “¿Y qué los trae por aquí?”, la pregunta cae como pesada espada sobre los extasiados niños: “solo entramos al jardín para...”. Sergio no alcanza a terminar su frase cuando Pancho sentencia: “¡no!, vinimos a conocerla”. Con esta respuesta Sergio casi se desmaya de vergüenza, pero el brazo de Pancho lo sostuvo. “Es un cumplido para mí, no vivía esto desde mi juventud, nunca antes alguien vino tan solo para conocerme, es realmente halagador”. Vanessa se acerca,

los besa, los acaricia y despide. Al verlos regresar, corriendo como galgos tras una liebre, su padre enciende lentamente un nuevo fósforo. Al llegar, los hermanos exclaman: “¡Está encendido, está encendido!” Dos lágrimas logran enjugar los ojos de Luis, ha entendido que los hijos crecen y, mientras pueda, él siempre estará ahí para encender *el fósforo mágico*.

El comienzo

Paloma Kirchmann. Quillota, 66 años

Maldijo quemarse con agua hirviendo cuando se preparaba un mate. “Amargo como la vida”, le gustaba decir. La mano enrojecida la transportó a su infancia cuando la amenazaban con quemarle la boca con una tenaza: “si continuas hablando vulgaridades”.

Con los años escribió un microrrelato relacionado. Y no cesó de decirlos, como lo hizo en el momento en que se ponía el ungüento que su abuela Ema le había enseñado, para curarle las heridas. En ese instante decidió que estaba harta de pensar en el maltrato, las prohibiciones... en los castigos del padrastro, y de oír las maldiciones al culparla por el alcoholismo del hombre: “por tu culpa, por tu culpa”. Ella no sabía qué significaba culpa.

Adulta decidió no tener hijos y llevar una vida sin compromisos, más bien libertina. Le gustaba el sexo, tenía sus razones, también fetiches. Lo imaginaba y gozaba del onanismo mientras sentía la vibración en el asiento trasero de la micro que parecía desarmarse por

los caminos rurales entre La Calera y Quillota. Aun en su estado de celibato pensaba que conocía bien “la parte de abajo del hombre” y el olor, particular, del vino que de pequeña le revolvía el estómago de asco. Sin embargo, algo en su interior causaba una furtiva sensación. Cuando decidió tener un coito con un desconocido que iba en la micro, se percató de que necesitaba ese aroma para despertar el deseo. No cesó de asociarlo con la única muestra de ‘cariño’ conocida de pequeña. Entonces, se atrevió y le pidió: “lámeme”. El hombre respondió con su lengua raposa: “mi amor, preciosa”, y más. Requisitos cumplidos: el aliento, los halagos, pero no soportó el olor a saliva, ni su viscosidad. En la próxima cita, se excusó: “comí ajo”, (acto ex profeso, para evitar la lengua). Mentalmente desenfrenada, deseaba cosas que no se atrevía a pedir, porque después de todo, era novata en el sexo. No tuvo un orgasmo sino hasta bien entrada en la madurez y, ya alcohólica, con el amor de su vida, un hombre adicto a la pornografía que dijo al llegar al motel: “soy cochino”. Ella no entendió, pero le siguió el amén: “yo también”, le contestó. Pensaba que ser alcohólica era el pleonismo del dolor y la paradoja entre placer y olvido; entre vicio e inconsciencia, complacencia y castigo; sobre todo, sentía ser la nada de su otredad asustada. Nació entonces “la buena” y

“la mala”. Estaba dividida. No le bastó el vino y buscó otros estados de realidad alterada: la marihuana, luego, la falopa, la perfecta compañía para disfrutar el continio en espera del albor, único momento en que no tenía sensación de estar escindida y sin careta, en que disfrutaba de su soledad.

Nadie entendió su deterioro. “Producto de la edad”, comentaban. Las moscas avizoraron su muerte, posadas sobre un vaso sucio y un poema que comenzaba: “Nací (vieja) y el primer falo fue una muñeca que quería besos”. En la nariz le quedaban restos de coca.

El encuentro

Ana Luisa Valenzuela Retamal. Villa Alemana, 72
años

Sentado en el borde de la cama, Antonio Muller sentía que algo muy extraño lo perturbaba. Era una sensación de mareos y que todo a su alrededor le daba vueltas, como si estuviese en un carrusel que giraba y giraba sin control; efecto que ya había experimentado hace unos años atrás, pero esta vez, fue más intenso de lo habitual.

Pensando cuál podría ser la causa de lo ocurrido, esa mañana y mientras se servía un sorbo de café sentado a la mesa de trabajo, recordó que el día anterior, ordenando unos libros en la biblioteca del salón, y desde la parte más alta de la estantería, había caído sobre su cabeza uno de los libros de su autoría. Nada menos que su última novela *Ansias de libertad*, escrita en portugués.

Antonio al ver que los mareos no disminuían, decidió llamar a la Clínica y pedir hora con un médico otorrino. La secretaria que le atendió al teléfono algo le dijo en ese momento, Antonio Muller no puso mucha

atención, pues solo sabía que debía estar en la Clínica a las tres de la tarde y que el bono se compraba en el mismo lugar.

Le llamaron del box 12. En la puerta lo esperaba una joven vestida con un delantal blanco y un estetoscopio, colgado a su cuello. Lo saludó amablemente y con una sonrisa en sus labios se presentó: “soy Carolina Herrera” y lo hizo pasar. Entre los mareos y su imaginación, vino a su memoria ese nombre y con la voz entrecortada dijo para sí: “no puede ser que sea ella, Carolina Herrera, la diseñadora conocida en el mundo internacional de la moda y creadora de los perfumes que llevan su nombre, además, de los que acostumbro a usar, pero ¿qué hace aquí, y vestida de doctora?”.

Terminado el chequeo médico, la profesional le hizo saber que esos mareos se podrían repetir nuevamente, pues el golpe le había afectado su oído medio, y también podría causarle pérdida de equilibrio, lo que complicaría aún más su estado de salud. Le recetó unos medicamentos y terapia con un fonoaudiólogo. El tiempo ha pasado, y solo en la biblioteca perdura la esencia de su perfume.

El escaño de la casa de campo

Pilar Iracheta Naranjo. Quilpué, 75 años

Lucía llega al campo, a la casa que heredó hace seis años. Todo está igual. La espera Manuel, su joven y apuesto novio, sentado en el escaño bajo las acacias, a la derecha de la puerta del antejardín.

La joven lo mira con amor, a la vez que no entiende cómo se muestra tan feliz en ese asiento de fierro al que ella temía y aún teme tanto.

Recuerda que tenía ocho años cuando su padre compró esta propiedad. En su primera visita se enteró de que el dueño anterior era un hombre maléfico que había hecho pacto con el diablo. Los campesinos creían que había entregado su alma a cambio de eterna juventud, comentan que han pasado años y él no envejece. Agregan que todas las noches el diablo se sentaba en ese escaño, junto al patrón a conversar mientras fumaban un cigarrillo.

La niña, al enterarse de esto, siente mucho temor y por años no se acerca a ese asiento, mucho menos al anochecer.

Aunque han pasado veinte años, al recordar revive

la angustia, palidece, se tambalea, Manuel corre hacia ella, la sostiene, la lleva del brazo y mientras se dirige al interior de la casa le dice “querida mía, apóyate en mí, siempre estaré contigo, prometí a tu padre que te cuidaría. Hicimos un compromiso de honor el día que me compró la casa” y cierra la puerta. Solo se siente la voz de Lucía que grita fuertemente “NOOOOO” como un aullido desgarrador.

Escenas futuras

Teresa Carpintero. El Tabo, 63 años

“¡Por siempre juntos!” dijeron al unísono Valeria y Efraín. Con un tierno beso, los jóvenes veinteañeros, habían juramentado su amor y el inicio de su navegar en un mar de ilusionadas pasiones.

Han pasado 30 años y Valeria evocaba aquel tierno beso. Sin embargo, aún recordaba cómo emergió en Efraín la verdadera y escondida persona que llevaba dentro. Celos obsesivos lo aprisionaban cada vez con mayor frecuencia, mientras ella, callada y temerosa, sentía lo desconocido y odiable que resultaba su esposo. Recordaba que fueron tiempos difíciles de soportar...

—¡No irás con tus amigas! —dijo Efraín enfático.

Los celos también arremetían contra sus amigas. Valeria constataba que ese amor sellado ya no existía. Sentía que se deshojaba lentamente tan frágil como una ilusión. Emergió la Valeria resuelta. Rozó con la quietud, cuando decidió retomar la escritura. Recorrió sus textos de niña. Viajaba por su amarrada memoria, quizás inventada, y desataba con desespero su imaginación.

Al frente, una hoja en blanco la desafiaba. Una noche, su mano comenzó a moverse sobre el papel. Era su lápiz que fluía como un pincel esperando su pintura. Al clarear, marchaba a su trabajo, sin dormir, solo con un café en el cuerpo.

Ella ansiaba llegar a casa para que su lápiz continuara escribiendo. Aún desconocía el rumbo que tomarían las líneas que se develaban ante ella. Valeria y su manuscrito. Finalmente se evidenció lo que escribía: erigía la historia sobre una mujer con gran fortaleza para enfrentar frustraciones y desesperanzas. La joven en silencio reflexionaba. Se identificaba con lo revelado en la historia.

—¡Fortaleza! —dijo Valeria escuchando su voz y la de su lápiz.

De pronto, se percató que la historia se escribía a medida que los hechos sucedían, con detalles que ella misma desconocía. El lapicero no se detenía, escribía con desenfreno, atropellando las palabras. Sin tregua, el lápiz trabajaba y comenzó a revelar situaciones futuras. ¿Será posible que mi infortunada vida pueda cambiar? se preguntaba Valeria, mientras anhelaba las respuestas que descubriría en los hechos venideros.

En casa, después de la habitual sesión de recriminaciones, el rostro de Valeria denotaba indiferencia. Cuando Efraín dormía atrapado en su violencia, ella enterró, con sus propias manos, el manuscrito en el halo de tierra del nogal del patio. Quedaba en el olvido. En ese instante, ella se sentía fuerte y la confianza había inundado su piel. Se limpió la tierra de las manos y se acomodó el vestido, como un pajarillo que se apronta a volar.

En un segundo, escuchaba lejana la voz amenazante de Efraín:

—¿A dónde crees que vas? —dijo con voz tronadora— ¡Sé lo que has estado haciendo! ¡Yo no dormía como tu creías! —vociferó sin control.

Valeria se marchaba atravesando la noche. Sin mirar atrás. Con la convicción de la decisión tomada, con un cuaderno en blanco y el lápiz como compañía, respiró tranquila. Ella se apoderaba del son de su novela con palabras que brotaban esperanzadoras... dejando ver las escenas de su vida futura.

La corbata azul con rayas blancas

Carlos Narváez Moreno. Viña del Mar, 60 años

“¡Cien años es más que suficiente, y diez sin él, una eternidad!”, exclamó apenas abrió los ojos.

Empezó a moverse con dificultad. Le dolían partes del cuerpo que no sabía que tenía, pero esas gotas de marihuana se habían convertido en su salvación. Tres gotas, solo tres gotas, le había advertido el médico, remedio santo que reemplazó rezos, ungüentos, cápsulas, emplastos y jarabes.

Ese 23 de noviembre, fecha de su aniversario, tomó seis gotas... ¿nueve? ¿más? Ese día repitió rigurosamente su rutina semanal, que consistía en abrir el armario, desdoblar y desordenar las camisas, calcetines y calzoncillos de su difunto marido, mirarlas por tiempo indefinido y luego volver a doblarlas y reordenarlas, para dejarlas exactamente como las había encontrado.

Sin embargo, las corbatas de seda tenían un trato especial, las reclasificaba según la intensidad del perfume que conservaban en el entramado de sus hebras. La corbata azul con rayas blancas era la que guardaba el aroma más intenso. La acercó a su nariz y la añoran-

za invadió su cuerpo, volvió a inhalar con más ahínco y sintió un hormigueo abajo entre las piernas. Cerró los ojos y la sorprendió un apretón en lo profundo del vientre.

Tomó asiento frente al espejo, alisó su pelo con el peine de marfil que él le había regalado. Maquilló su rostro, se perfumó detrás de las orejas y se puso una pizca entre los pechos. Fue al baño y abrió la llave del agua para llenar la tina. Sirvió una copa de espumante y puso un vinilo de Alma, Corazón y Vida en la versión de Los Panchos —era la canción preferida de él—. Cuando escuchó la primera nota, volvió a sentir su aliento en el cuello. Se desnudó con parsimonia, elegancia y una sensualidad que creía olvidada. Entró a la tina y se abandonó a ese líquido tibio, mientras, una mano sostenía la copa y la otra mantenía la corbata. La calidez del agua, las gotas mágicas y los sorbos de espumante fueron inundando su mente, su respiración se fue tornando más lenta. Sus párpados pesaban como el plomo.

Un constante chorro de agua caliente mantenía la temperatura.

Y ahí estaba él, lleno de vida arrodillado al borde de la tina. Eran tan jóvenes, pensó. Se fundieron

en un encendido beso. Sus lenguas se entrelazaron. Sus pezones se pusieron firmes. Tomó con su mano la de él y la condujo hacia su pecho. Las emociones avanzaban como en una montaña rusa. Sus manos exploraron toda su intimidad y se entregaron a fondo a la tarea. Iba y venía con una intensidad y ritmo que la llevaba una y otra vez al precipicio. ¡Dios mío, que no se acabe nunca!, exclamó sin mover los labios.

Los vecinos reportaron que salía agua bajo la puerta del departamento. El reporte policial registró: “La occisa es encontrada desnuda en la tina. Su mano izquierda tiene agarrada una corbata azul con rayas blancas. Curiosamente, su facies irradia una profunda armonía”.

La foto

Juan José Flores Cárcamo. Valparaíso, 65 años

Todo empezó a cambiar aquel día en que el padre y sus hijas muy de madrugada salieron en un vetusto vehículo rumbo a la pampa salitrera. La atracción misteriosa por recorrer los cementerios de esos antiguos pueblos abandonados tenía cierta energía que los ligaba con el pasado, ese pasado reflejado en las lápidas que evocaban años muy distantes y nombres ya desechados por calendarios santorales.

Estando allí, la brisa se alzó suave y luego se elevó en forma de un pequeño remolino de fina tierra, tierra de cementerio; hasta que una vieja foto de tonos sepia deslucida, con grietas y manchas acumuladas en el tiempo cayó entre los pies de una de las niñas. Trató de tomarla, pero el viento la fue corriendo entre las piedras y las flores marchitas del camposanto. Ella con agilidad puso el pie encima y, ya atrapada, subió a las manos delgadas y frías de la pequeña la imagen que desvanecía el rostro de un señor de mira austera, con sombrero de paño, corbata y pañuelo en el bolsillo del terno; hacía presumir la elegancia del ayer.

Se preguntó de dónde podría haber salido esa fotografía, quizás se desprendió de alguna cruz con nombre y epitafio o tal vez del bolsillo de un antiguo empampado que perdió su rumbo y el calor lo hizo sucumbir de sed en esos arenales interminables.

Retornaron a casa, y junto a unas viejas latas de té, fichas salitreras y botellitas de colores, entre los objetos pampinos recolectados iba la misteriosa foto. El cansancio y la noche dejaron caer el pesado sueño, pero a eso de las tres de la mañana una cadena de ruidos se dejó sentir: pequeñas bolitas o canicas se sentían rebotar en el pasillo, las puertas crujían, lentos pasos se escuchaban camino al patio y olor a sahumerio ponía denso el ambiente. Los sucesos se repitieron por varios días, hasta que las pesadillas invadieron la mente del padre y de las hijas. La imagen de la foto deambulaba como espectro náufrago por los recovecos de la casa.

Los sucesos paranormales quedaron en manos de una vidente quien en trance se contactó con la foto enviando un mensaje extraño, misterioso: “devuelvan la foto a su lugar”, luego les entregó un trozo de seda roja con unas yerbas donde debían envolver la foto. Tras las instrucciones la mujer se alejó silenciosamente.

Lo intrigante fue leer lo que estaba escrito con letra a

tinta en el anverso de la foto: *volveré en agosto en el “Vapor Itata”, Espérenme. 1922. (una firma inentendible).*

Al día siguiente retornaron a la pampa. Traspasaron las rejas del cementerio, en un orificio colocaron la foto envuelta en la seda, rociaron agua bendita y la cubrieron con tierra, tierra de cementerio. Cuando salían se cruzaron con tres personas que entraban al campo-santo y volvió a sentirse la suave brisa, prontamente un remolino de viento cubrió el lugar y se escuchó la voz de alguien diciendo: ¡miren la foto que encontré!

La travesía de Rakar

Ramón Ángel Acevedo Arce (Rakar). Puchuncaví, 68 años

La única travesía es el viaje interior.

Rainer Maria Rilke

Contemplando el paisaje gris que se colaba por la ventana de la humilde habitación, Rakar confrontó con nostalgia sus travesías pasadas y el azaroso destino al que le habían conducido el vagabundaje y la fotografía, sus dos únicas obsesiones que marcarían con privaciones sus años de madurez.

Ya en su juventud, el buen cine le había mostrado ejemplos notables de tipos de viajeros: seres solitarios que recorrían erráticamente paisajes y ciudades como una forma de escapismo a una parálisis emocional (*París Texas* o *En el Transcurso del Tiempo*), o de heroicos viajeros que fracasaban transgrediendo los límites humanos (*Aguirre* o *Fitzcarraldo*), y también de penosas travesías interiores hacia lugares donde se realizaban los deseos, o donde se alcanzaba un estado de revelación superior (*Stalker* y *Andrei Rublev*).

Asimismo, sus lecturas de cronistas y escritores trashumantes, le habían revelado horizontes que no necesariamente tenían que ver con las distancias en kilómetros que ellos recorrieran, sino, ante todo, con la profundidad de su mirada, con los gestos espirituales o poéticos que lograban transmitir. Más allá de las aventuras que se desplegaban en sus páginas, había adivinado en ellas los gestos de otra vida, los rastros de un romanticismo casi extinto que la modernidad desdeñaba, y que, sin embargo, a contrapelo de los tiempos, él se obsesionaba como nadie en continuar.

Como buen iniciado, había tenido que sortear pruebas, transitar zonas de flagrante peligro para alcanzar la revelación, y en la medianía de su vida —ya con algunos viajes a cuestras—, su búsqueda se centraría no en lo geográfico, sino en lo ontológico; daba lo mismo el lugar al que sus pasos lo condujeran, con tal que propiciara la búsqueda de su ser. Incansable había fotografiado en los sitios más inverosímiles, alejado de los caminos trillados de las guías turísticas, e iluminado solo por ese haz que resplandecía desde siempre en su obstinada soledad, porque si de niño había sido un solitario, no era de extrañar que de adulto se hiciera compañero del *Abismo*, más aún ahora que preludiaban los años mustios de su vejez.

Hace más de seis lustros había comenzado su peregrinaje, por aldeas olvidadas, por parajes desolados, en cementerios abandonados, recorriendo las sórdidas galerías de los manicomios, o remotos caseríos sumidos en la niebla tenaz de ese fascinante país, y las miles de imágenes y palabras que atesoraba de sus andanzas, confirmaban irreductibles su único legado: su propio viaje interior. Esos pueblos, esas aldeas, esos rostros ajados y curtidos por el tiempo, los ojos que miraran a su cámara, las manos que le extendieran el pan y la escudilla, el lecho de las mujeres que le amaron, los perfumes, los sabores, la música de las esferas, el silencio de las montañas, el polvo y el seco de los caminos, lo monstruoso y lo sublime, lo trivial y lo increíble, también le habían elegido en esa travesía íntima; conformaban su destino, su inexorable destino.

Rakar.

Ensenada, B.C., México, 2013

No hay edad para un viaje

Rose Marie Butto Gallardo. Cartagena, 60 años

Jamás imaginé que este mi primer viaje, estaría colmado de tanta dificultad y tropiezos.

Cada mañana muy temprano, alrededor de las 07:00 horas, con todo el frío del amanecer, me disponía física y mentalmente para enfrentar este desafío totalmente nuevo para mí, el que me mantuvo en constante incertidumbre, nerviosismo y, lo admito, también con miedo, ya que no sabía cómo debía enfrentar el día a día, ni cómo sería recibida, solamente tenía claro que mi cuerpo se mantendría húmedo y mi frente sudaría salado.

Mi compañera solitaria que en ocasiones me era plenamente fiel, a mi lado y sin desprenderse, en varias oportunidades me había dejado a la deriva, totalmente sola, lo que me asustaba muchísimo. Esa sensación de ahogo y falta de aire lograba que el miedo me recorriera desde los pies a la cabeza. La compasión se hacía presente y mágicamente regresaba.

Luego de algunas semanas, tras incontables intentos por superar y lograr dominar aquella situación

que, pese al sacrificio, significaba para mí un logro inimaginable debido a los años que llevo en mi cuerpo, comprendí que nada es imposible y vencí uno a uno los obstáculos que debía enfrentar con cada salida del sol.

Fue entonces cuando ¡tuve mi mejor viaje!, sometiendo a cada una de las diferentes crestas espumosas que se me presentaban con tanta fuerza y furia. Logré dominar mi tabla de surf y pude volar sobre el inmenso mar.

No quiero flores en mi entierro

Pedro Yajure Mejía. Quillota, 70 años

Don Mateo les decía a sus familiares, “no quiero flores en mi entierro”, era parte de una cultura heredada de su tatarabuelo. Eso lo perturbaba, saber que le llevarían flores el día de su entierro. Siempre se decía, “si nunca me han regalado flores en vida, menos la quiero después de muerto”. Fue su predica por muchos años, mientras vivió con salud. Ya avanzado en edad, enfermó de muerte, mandó a reunir a su familia y les recordó, “no quiero flores en mi entierro”. Asistieron a su funeral y entierro familiares y amigos. En el pueblo la gente rumoraba, “qué mala su familia, la de su hogar, ni su esposa, sus tres hijas y el hijo asistieron al funeral ni al entierro, que mal agradecidos, él fue un gran hombre, esposo, padre. También se rumoraba, que solo les interesaban sus bienes”. El cura lamentó que la familia no asistiera al funeral y entierro por su descanso eterno. Pero la razón era simple y sencilla, la familia estaba cumpliendo con el deseo de don Mateo, no llevarle flores al entierro. La esposa se llamaba Violeta, la hija mayor Rosa, la segunda Azucena, la tercera Jazmín y el hijo Florencio.

Reminiscencias

Julio Aranís Rojas. Catemu, 81 años

Hay momentos en la vida que, por su intensidad, se graban indeleblemente en nuestra memoria. En el verano de 1950, a mis cinco años, sucedió algo importante.

En una oportunidad Alfonso, mi primo mayor, me invitó a la ciudad, necesitaba retirar unos documentos. Me encontraba feliz al viajar por los apartados caminos de tierra, en la vieja camioneta del sitio. Lamentablemente, después de recorrer algunos kilómetros, el vehículo quedó sin combustible.

En aquel tiempo eran pocos los puestos de bencina, todos quedaban cerca del centro de la ciudad, bastante lejos del lugar donde nos encontrábamos. Alfonso pensó que lo más indicado era dejarme en la camioneta.

La espera se hizo larga y mi primo no regresaba, el calor del medio día era sofocante. La temperatura aumentó considerablemente, causándome deshidratación y sofoco. Lágrimas brotaron de mis ojos, mezclándose con el abundante sudor que corría por mi cabeza. La temperatura era insoportable. Traté de abrir las puertas,

pero estaban con llave; intenté bajar los vidrios, más las manillas estaban quebradas; luego, introduje mis pequeños dedos en ese espacio y, con la fuerza de un niño de cinco años, logré bajarlo hasta la mitad de la ventanilla, aproximadamente. Lentamente, comencé a escapar de esa horrible situación

Caminar varios kilómetros por una calle de tierra, rodeado de animales bravos como perros, mulas, caballos y toros, no es tarea fácil para ningún menor.

Trabajadores del lugar llegaron corriendo, sorprendidos al encontrarme llorando, con el cabello pegado al cráneo por la sangre ya seca y el rostro enrojecido por el sol. Entre sollozos relaté el incidente, dejando a mi familia estupefacta.

Han pasado más de siete décadas de lo ocurrido; mi familia, e incluso mi primo Alfonso, ya no están. Es posible que en poco tiempo más nosotros también abandonemos este mundo.

¿Propósito o azar?

Fernando Squella Narducci. Viña del Mar, 76 años

¡Cuánta amargura veo en esa flor! Quizás la última del verano, y su lozanía no fue capaz de encantar a ningún visitante. Hoy ya es tarde. De vientre sin germen, de semilla nada. Abortada renuncia a ser madre y cae, con la ayuda del otoñal viento, a un agrietado suelo de olvidos. Desde los pétalos ajados ve cómo emergen hijos ajenos cuando las primeras aguas del otoño humedecen el humus y la arcilla, y dan vida a los retoños. Ya no hay destino, solo frustración y carencia. Con el invierno gris y lluvioso, baja la bruma al dosel del frondoso bosque. Los árboles son desteñidos por el viento, desnudados, con la promesa de que las hojas muertas logren un mejor destino. Entrelazan ramas, apoyándose en tan obligado receso, hasta que de pronto la calidez del sol trae el renacer de los brotes a destellos. ¡Cómo quisiera ser uno de ellos! Ya los colores crecen como los sueños, de esos que cogemos despiertos, llenos de esperanza y anhelo. De la hoja verde a verde. Del pétalo rojo a rojo. Ya con la cuaja, la preñez deja ir los pétalos, que en vuelo postrero se encaminan a pintar el suelo. El vientre se hincha con un encarnado y jugoso señuelo.

Un ramillete de plumas aparece desde el cielo, se posan en el follaje y, con esbeltos estiletes, devoran corazón y miedos. También han tenido sus venturas y tejen a toda prisa con fibras de junco y teatina la guarida para anidar los huevos de la algarabía. Las plumas envuelven las ovaladas figuras, jaspeadas de blancos y grises, dan cobijo y abrigo. Ya fraguados, se trizan y dan paso a largos picos, ruidosas creaturas, hambrientas de aventura. Deberán ser servidas, y en frenéticos vuelos, los progenitores alternan la llegada del sustento. Insaciable apego. Desde ramajes cercanos arriba la amenaza. Uno se hace del otro, y con ello aprenden a sortear las dificultades del reto. De no ser así, tanto esfuerzo acaba por albergarse en el buche del forastero. Solo plumas y huesos desgarrados de la carne quedan como premio de consuelo. ¿Habrá frustración? Al parecer sí, pero la vida tiene que seguir su curso, con duelo y olvido. ¿Cómo perdurar con tanta desgracia? ¿El antagonismo es la clave? No hay interacción negativa. Tanto quien despoja como el despojado saca su propia enseñanza, para que resulte cada vez más sencillo depredar y más difícil ser depredado. La evolución es una hazaña; si no, pregúntele a una flor con qué motivo invierte tanto tiempo en acicalarse, con atractivos colores. ¿Pero qué explica tal perfección? Me resisto a creer que es solo cuestión

de azar, y que sí existe en la naturaleza un propósito, un orden, un ser absoluto y hacedor.

Te lo cuento al oído

Oscar Lizana Farías. Viña del Mar, 77 años

Llegamos a Viña del Mar un día soleado de septiembre del 2004. La “ciudad jardín” la llamaban. Pensé que sería ideal para aliviar la depresión que aquejaba a mi esposa. Las temperaturas extremas y contaminación de Santiago amenazaban con enloquecer a mi familia entera. Me preocupaba especialmente que mis dos hijos crecieran en ese infierno.

Arrendé un espacioso departamento en un edificio en 2 Norte con 1 Oriente. El primer año lo pasamos de maravilla. Recorríamos las calles del plano tomando como eje la Avenida Libertad. Uno Poniente, dos poniente, tres Poniente... hasta llegar a la Avenida Perú. Respirábamos a pulmón lleno ese aroma marino salobre exquisito hasta que el sol nos abandonaba, dejando en nuestras pupilas una imagen de postal. Otras veces jugábamos a perdersnos por las calles admirando las casas separadas por prístinos jardines multicolores e indeterminadas fragancia florales. Los domingos almorzábamos tranquilamente en la calle Valparaíso en la sanguchería El Guatón y rematábamos la tarde con un paseo en Victoria.

¡Tantos lugares para visitar y solo contar con los fines de semana por mi trabajo!

Los miradores Roca Oceánica, Cochoa, Montemar, Costa Brava, el Santuario Dunas de Concón, los palacios Carrasco, Rioja y Vergara... la lista era interminable.

¿En qué momento empezó todo a cambiar?

Fuimos tristes espectadores de la demolición de plácidas casas familiares para dar lugar a enormes torres de un gusto insufrible: doce, catorce y hasta dieciséis pisos. Adiós jardines. La ciudad ensombreció a causa de aquellas moles de cemento y cristal.

El comercio callejero se apoderó de la calle Valparaíso tornándose peligrosa para los jubilados que llegaban a los bancos a pagarse.

El terremoto del 2010 nos quitó el gusto de vivir en un tercer piso. Las fachadas rayadas nos quitaron el gusto por los grafitis. Los cristales quebrados por la furia popular de octubre de 2019 nos quitó el gusto por los amplios ventanales y vistosas vitrinas.

Ahora tengo miedo de salir a comprar, miedo de contestar el celular cuando camino por cualquier calle. Los atardeceres llaman a encerrarme en mi domicilio.

Vendí el auto por miedo a un portonazo. Además ¿para qué lo querría si las constantes marejadas cortan la Avenida Borgoño en caso que quisiera nuevamente degustar las ricas empanadas de marisco en Concón?

¡Por favor, devuélvanme la Viña del Mar del 2004!

Tras la Puerta

Jorge Calderón Ramírez. Viña del Mar, 60 años

En la vida hay puntos de quiebre, simulacros o verdaderos clic que evidencian eslabones superados en la escalera de la madurez. No era esta la excepción de Euclídes Parraguez Fontana, un delgado chiquillo, pelucón de pelo negro, con sus incipientes bellos que daban cuenta de sus 14 años recién cumplidos, el menor de tres hermanos, sobreprotegido por su madre y la preocupación de su padre. Con su abuela, era otro trato, compañera fiel a sus clases de guitarra y con quien compartió cama casi toda su niñez.

Euclídes, cursaba octavo año por allá en 1979, en un colegio público cercano a su casa. Mejor compañero, vergonzoso, de los alumnos destacados por su rendimiento, eterno enamorado en silencio de aquella rubia de la misma aula, que en línea oblicua ocupaba el pupitre que le permitía contemplar su esplendor.

Era inicios de diciembre, ya terminaba una etapa, la enseñanza básica se comenzaba a transformar en huellas, un tesoro eterno que el tiempo pondría en su verdadera dimensión.

Fue allí, en ese viernes, de despedida de la primavera, que este niño joven decidió aislarse del bullicio y caminó al patio trasero del establecimiento donde existían tres gradas que conducían a una puerta de rejas añosas, clausurada desde hace mucho tiempo y que daba hacia la calle. Allí permaneció una eternidad, miró hacia atrás y repasó su historia, su llegada a kínder, sus juegos, sus profes, sus aprendizajes, sus amigos, sus anécdotas, sus vergüenzas, sus éxitos, sus fracasos, sus amores, mejor dicho su amor invisible. Era su TODO, no había más historia, salvo su familia, pero su yo interno no conversaba con nadie, solo consigo mismo....

En ese instante, un miedo lo sobrecogió. Miró tras la puerta, una calle silenciosa parecía invitarlo a lo desconocido, un par de árboles se mecían con la brisa mañanera, y una mujer transitaba con dos bolsas de compras achicándose en la perspectiva de la calzada a medida que avanzaba. Parecía el presagio del peso del crecimiento. Era mirar el futuro sin poder saber qué pasaría, sin tener todas las variables controladas.

Y surgieron las preguntas:

¿Por qué crecer?

¿Qué será de mí tras la puerta?

¿Podré sobrevivir?

¿Qué me espera?

¿Perderé a mi familia pronto?

¿Me quedaré solo?

Una voz detrás de él penetró su oído, fue ronca pero, reconfortante:

—Abrirás esa puerta y conquistarás el mundo, sé siempre tú y conserva tus convicciones.

A lo que replicó el joven:

—Ah profe, estaba... estaba... y quería saber qué había allá afuera.

—No te preocupes de lo que hay afuera, preocúpate de lo que tienes dentro y superarás todos los obstáculos que aparezcan en tu existencia...

